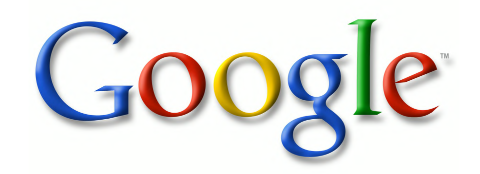


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

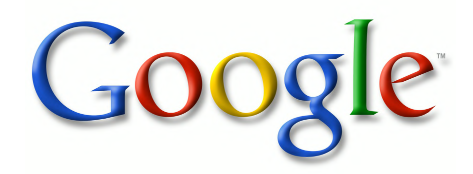
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

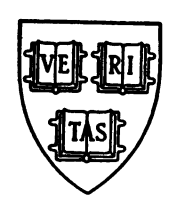
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL 5108.1.1

HARVARD COLLEGE LIBRARY



BOUGHT WITH THE INCOME OF
A FUND GIVEN BY
ARCHIBALD CARY COOLIDGE '87
AND
CLARENCE LEONARD HAY '08

Se han omitido en esta coleccion

De profundis (traduccion) inser-
ta en la traduccion de Poe-
sias en America de [illegible]
ye, pág. 145

Himno religioso (que se llama [illegible] por
no tener titulo), en la misma
obra, pág. 171.

El Suelo natal (traduccion inde-
pendiente El [illegible]) en la Se-
mana [illegible] p. 56

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

OBRAS COMPLETAS

TOMO I

POESÍAS

SANTIAGO

IMPRENTA DE «LOS TIEMPOS»—BANDERA, 24

1880

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

OBRAS COMPLETAS

TOMO I

POESÍAS



SANTIAGO

Imprenta de «Los Tiempos»—Bandera, 24

1880

SA L 5108.1.1

Harvard College Library
Gift of
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hay
April 7, 1909.

SAL 5108.1.1

Harvard C
C
Arch.ba c

C arence
A.



BRAS COMPLETAS

POESIAS

OBRAS COMPLETAS

POESIAS

LA PRIMERA PAJINA

Cuando mi hermano compajinaba este libro, yo aguardaba su aparicion con viva impaciencia.

No sabia entónces por qué. Hoi lo sé.

Un cruel capricho de la vida debia detener su labor i encargarme a mí de terminarla.

Cumpliendo el implacable decreto de la muerte i la voluntad de mi queridísimo muerto, entrego al público su obra de poeta, de orador, de publicista, de diarista, de crítico; que si es obra, aparentemente, sin unidad, tiene la fuerte unidad que le comunican una conviccion profunda en la libertad i un respeto inflexible por la verdad. No se encontrarán en las pájinas de este libro ni las dudas del miedo, ni los miedos de la duda.

No soi yo quien puede juzgar al hombre i su obra. Pero se me permitirá tener una altiva certidumbre i espresarla sin falsa modestia. Entregando a mi pais el pensamiento, el esfuerzo, el trabajo, la inspiracion i la aspiracion de mi queridísimo muerto, estoi cierto de entregarle la obra de un buen ciudadano i de un hombre de bien.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE


HOMENAJES

LA MUERTE I EL ENTIERRO

DEL SEÑOR DON

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

La mañana del 14 de abril último dió la sociedad de Santiago pública i espléndida manifestacion de duelo, asociándose con dolorosa espontaneidad al acerbo pesar que tan inopinadamente habia herido dias ántes el corazon de toda una familia tan querida por su nobilísimo carácter como respetada por su ilustracion i sus talentos.

El señor don Domingo Arteaga Alemparte acababa de caer peleando como bueno en los baluartes del deber; i a la primera noticia de tan grande como irreparable pérdida, un solo pero sincero i dolorido sollozo salió de cuantos corazones le amaron, que es decir de cuantos de cerca le conocieron. La muerte se vengaba de ese atleta de las ideas jenerosas cortando en flor su bienhechora existencia, i el tremendo golpe era recibido entre las lágrimas amargamente vertidas por todo un pueblo que supo siempre admirar los corazones bien puestos i las intelijencias privilejiadas.

En torno del lecho del señor Arteaga Alemparte se reunieron solícitos la ciencia i el cariño, ansiosos de socorrer al enfermo, cuya vida peligraba, con todos los auxilios que sujiere el saber i el amor; i cuando horas despues se vió que todo el esfuerzo humano era impotente, que el sol de aquella intelijencia se apagaba para siempre, que aquel pecho dejaba de ajitarse, como el de Fontenelle, por imposibilidad de existir, callaron todos los lábios, en llanto rebosaron todos los ojos, i deudos i amigos cayeron mudos de rodillas para recibir el último aliento del que abandonaba la tierra para volar a mas serenas i mejores rejiones...

***

Entónces i solo entónces pudieron conocer muchos cuán sinceramente era amado el que en el seno del hogar querido, en medio del mar frecuentemente borrascoso de la vida pública, al frente de una fuerte institucion de crédito i en los tranquilos i reful-

jentes oásis de la República de las letras, llevó con honra merecida i lejítimo orgullo el nombre de Domingo Arteaga Alemparte.

De ahí que en la mañana del 14 de abril la casa del finado fuese, desde las primeras horas, visitada por lo que Santiago tiene de mas digno en las ciencias, en las letras, en la educacion, en la política. Aquella morada de artista i de poeta, donde tantas veces resonó la voz amable, eco de un corazon leal i una intelijencia escojida, del que acababa de morir, no bastaba a contener el gran número de caballeros que se habian apresurado a darle una última prueba de admiracion cariñosa. Las habitaciones, los pasillos, la escalera i aun la acera de la calle estaban llenos por numeroso concurso i en todos los rostros asomaba sus huellas el dolor. ¡Qué manifestacion de simpatía mas consoladora para la desolada familia!

Toda la calle de Agustinas i las adyacentes, así como la plazuela del Teatro Municipal, estaban ocupadas por carruajes particulares, que habian conducido allí a lo que esta gran ciudad tiene de mas distinguido en la majistratura, en las letras, en el foro, en la política i en los negocios.

***

A las 8 de la mañana llegó a la casa el coche de Gobierno i en él iba la Comision nombrada por la Cámara de Diputados i que componian los señores don Ambrosio Montt, don Jorje Huneeus i don Julio Zegers. Acompañaba a la Comision el señor Bunster, edecan de S. E. el Presidente de la República.

Poco despues llegaba un piquete de caballería, bajo las órdenes del teniente Ramos, uno de los vencedores de Yungai, para hacer a los restos mortales del ilustre muerto los honores de estilo.

El ataud fué sacado de la casa en medio de tristísimo recojimiento, a las ocho i tres cuartos de la mañana, i conducido al carro de urna de vidrio. Hermoso de suyo, lo era mucho mas el ataud por sus coronas i adornos fúnebres i por las inscripciones que en ellos se leian, síntesis de una vida, larga para los triunfos obtenidos por quien la vivió, pero demasiado corta para los que bien le querian i para lo que de ella tenia derecho a esperar la patria. Ahí se leia: *Ciencia*, *Bondad*, *Elocuencia*.

***

Minutos despues partia el carro mortuorio seguido de cerca por una fila de coches que ocupaba no ménos de ocho cuadras. El acompañamiento se dirijió por la calle de San Antonio para ir al puente de Calicanto i tomar la calle de la Recoleta hasta el Cementerio. Rompia la marcha el coche de Gobierno i seguia el piquete de caballeria rasgando los aires con los sonidos lúgubres de la corneta.

La estensa plaza del Cementerio i las calles inmediatas quedaron literalmente llenas con el número inmenso de carruajes que allí se agolparon conduciendo aquel acompañamiento estraordinario, bastante por sí solo a dar idea de la pérdida que Chile esperimentaba con aquella grande i justamente llorada muerte.

***

Bajado el ataud del carro fúnebre, fué llevado en hombros de algunos deudos i amigos hasta el mausoleo de familia, que se hallaba severo a la vez que elegantemente decorado.

Anchos i profusos festones de yedra, coronas de siempre-vivas, encina i laurel, lazos de cintas blancas i negras con inscripciones alusivas al acto, cubrian el frente del suntuoso mausoleo de la familia Arteaga Alemparte.

La concurrencia se esparció en derredor del fúnebre recinto para dar lugar a la ceremonia de la inhumacion.

Encerradas las preciosas reliquias en la última morada, el señor diputado de Carelmapu, don José Manuel Balmaceda, hizo uso de la palabra, seguido por los señores don Julio Bañados Espinosa, don Rómulo Mandiola i don Cárlos M. Vargas, que habia venido espresamente de Valparaiso para concurrir al acto fúnebre.

Escuchémosles.

DON JOSE MANUEL BALMACEDA

Señores: Venimos a tributar nuestro homenaje al esclarecido ciudadano cuya existencia se ha tronchado de improviso, en la plenitud de la intelijencia i de la vida, en medio de la dicha que acompaña a las almas rectas, en medio de la esperanza.

Hechicera peligrosa, la vida ofrecia a Domingo Arteaga Alemparte el porvenir que en la labor i en la patria correspondia a sus egrejias virtudes, i en su inconstancia le abandona, como la luz a la flor, marchitando las delicias del hogar en que fué profundamente amado, haciendo un vacío irreparable en el grupo de los amigos que le conocimos en la intimidad, derramando tristeza en los hombres que respetan el talento, i apagando en la representacion del pueblo el eco de su voz siempre convencida i elocuente.

Sufrimos, señores, un quebranto que afecta a la sociedad i a las jentes de trabajo, a las letras i a la política, al brillo intelectual de la República i al desenvolvimiento liberal de las instituciones del Estado.

Espíritu vivo, pronto, afable, enérjico, cultivado, naturalmente diestro, Domingo Arteaga llegó a ser un injenio poderoso, i acaso una de las intelijencias que en Chile reunia facultades mas sérias i mas universales.

Literato, en la concepcion mas ámplia del cultivo de lo bello, se consagró a la poesía, a la crítica, a la historia, al estudio de los clásicos del idioma i de los clásicos antiguos, de la elocuencia, de las ciencias sociales, de las letras humanas. Sus escritos, ya públicos o ya inéditos, están llenos de trasparencia, de gracia, de intencion, de colorido, de majestad, de aticismo, i de una imajinacion sobria i fecunda, que le acompañó miéntras el alma dió espresion a su frente.

Académico en toda la estension de la palabra, prestó en la Universidad de Chile un concurso intelijente, activo, discreto, lleno de madurez i de buen sentido práctico, a la instruccion pública i al desarrollo de los conocimientos científicos.

En esfera mas limitada pero no ménos espectable, Domingo Arteaga probó que el literato i el académico no están reñidos con las asperezas del hombre de trabajo, con las labores prácticas i complejas de los negocios que constituyen nuestro progreso material.

Financista teórico i valiente en las discusiones del parlamento, demostró, con los hechos, que su talento abrazaba los detalles i el conjunto de la difícil ciencia económica, manteniendo desde su puesto de jefe de una respetable institucion de crédito, firme el rumbo i seguros los resultados, aun en medio de los vaivenes i de las perturbaciones de una crísis tan aguda como persistente i dilatada.

Pero, señores, la prensa, el diarismo de Chile, han plegado sus alas i están de duelo. Un veterano intelijente, digno, gran pensador i gran polemista, uno de los mejores sembradores de ideas, ha caido en la jornada del tiempo, cuando, como Aquiles, cansado o sublevado contra la gloria, se habia retirado a su tienda, en la cual ha muerto cumpliendo su deber i en la brecha del trabajo.

El taller de este incomparable soldado de la prensa ha quedado lleno de una labor variada, amena, instructiva, fecunda para la pública prosperidad.

Hábil reformador i publicista que habia penetrado la esencia de las instituciones democráticas, debatió todas las cuestiones que el interés de actualidad imponia a las deliberaciones del pais. Gobierno interior, réjimen parlamentario, justicia civil i criminal, penalidad, instruccion, cultos, municipios, guerra, marina, relaciones esteriores, construcciones públicas, impuestos, industria, crédito, colonizacion, i, para decirlo todo en una palabra, las múltiples manifestaciones de la libertad a la cual sirvió viril i resueltamente, fueron la arena diaria en que esgrimió la pluma, manteniendo siempre con honor la espada.

El sembrador, señores, tiene la fortuna de ver convertido en espiga el grano que arroja en el surco. En el campo de las intelijencias, en la colectividad de los ciudadanos que forman el Estado, es mas difícil percibir el fruto debido a los sembradores de ideas.

Pero al diarista, al hombre de observacion i de letras, le es fácil contemplar en nuestra franqueza i en nuestra moderacion para discutir el interés público, en nuestra ausencia de preocupaciones i en el arranque de nuestro progreso, en nuestra falta de temor para emprender en todas las fases de la actividad social i política lo que es bueno, útil o bello, el fruto sazonado que en su parte corresponde a este insigne sembrador del pensamiento.

¡Que su ejemplo sea un estímulo i que sus ideas sirvan de bandera a los escritores que por recto camino conducen momento a momento la opinion del pais!

Como sucede a los hombres superiores, aun en funciones relativamente subalternas, Domingo Arteaga dejó huella luminosa de su paso. Sub-secretario de Estado en las Relaciones Esteriores, probó instruccion sólida, actividad infatigable, elevacion de criterio, patriotismo bien templado i austeras virtudes republicanas.

Abandonó sus funciones en horas de crísis, para entregarse por entero a la defensa de la causa liberal comprometida, desplegando las fuerzas de su conviccion en el diario, en el club, en el meeting, en las solemnes i borrascosas discusiones del parlamento.

Es en esa época de su vida i en esta faz de sus esfuerzos como hombre intelijente i de lucha, en la cual Domingo Arteaga descuella con una altivez i superioridad incontestables.

Removedor de convicciones i de sentimientos en el diario, se vuelve ajitador en el club, tribuno en el meeting, orador que da espresion al anhelo jeneral en la representacion nacional. No habia horas para el descanso, solo habia tiempo i volumtad para servir la causa del pueblo.

La síntesis de aquella formidable cruzada puede traducirse en las ideas que forman su credo íntimo, pues Domingo Arteaga vivió i murió en la unidad de una misma fé política.

Proporcionalidad i libertad del sufrajio, independencia i responsabilidad del poder judicial, equilibrio e independencia de los poderes públicos sobre la base de las incompatibilidades consiguientes, organizacion independiente del poder municipal, fomento de la instruccion pública, libertad de enseñanza i de profesiones, limitada esta última para los funcionarios del Estado, igual repartimiento de las cargas pecuniarias i personales, activa supervijilancia del Congreso sobre la recta administracion de la República, fueron, señores, materia de debates considerables, en que Domingo Arteaga afirmó su personalidad política i el poder de la verdad pública juzgada por la razon del pueblo.

Hombre humano, espíritu jeneroso, observador profundo de las ideas i de los sentimientos que en el mundo han determinado la exaltacion o la caida de los imperios, amó i profesó la libertad del pensamiento en su acepcion mas completa.

La quiso en la palabra hablada, i defendió i enseñó a practicar el derecho de reunion.

La quiso en la palabra escrita, i la protejió i logró verla establecida en favor de la imprenta, esta jeneradora del movimiento incesante de la humanidad.

La quiso para la palabra profesada, i defendió la tolerancia relijiosa, el derecho de todos a creer en un Sér Supremo, i de adorarle usando del derecho comun que no encadena la libertad de los buenos para subir hasta Dios.

Domingo Arteaga desciende a la tumba, señores; pero su parte de labor política flota sobre las intelijencias del pais, i el núcleo de ideas a que sirvió, continuará siendo la estrella que alumbrará a la República en los senderos que han de conducirla a sus mas altos destinos.

En verdad, señores, pocas vidas mas ilustres, mas intelijentes, mas laboriosas, mas llenas i mas jenerosas que la del hombre de Estado cuyo prematuro fin tan sinceramente deploramos.

Ahora, noble i querido amigo, recibe el adios de los que te amaron de corazon........

Aun podemos darnos el abrazo del alma.........

Que al descender a la tierra tu envoltura mortal, suba tu espíritu a la eterna verdad, i espaciándose en el conocimiento de la vida sin tacha, adquiera la perfeccion de los jenios que reciben luz inmortal.

DON JULIO BAÑADOS ESPINOSA

EN REPRESENTACION DE LA JUVENTUD SANTIAGUINA

Señores: Imposible, del todo imposible me es pintar con la debida elocuencia el dolor que ha causado a la sociedad de Santiago i, a estas horas, a la República entera, la súbita desaparicion de uno de los astros de la literatura americana.

¡Cómo no llorar, cómo no entregarse en brazos de aguda desesperacion, al saber que la patria pierde hoi uno de los ciudadanos mas eminentes, un escritor elegante, un bardo inspirado, un obrero infatigable, el trabajador por excelencia!

Con justicia la prensa ha vestido riguroso luto, con justicia los hombres públicos i de letras han dado elocuentes pruebas de hondo sentimiento, con justicia en todos los pechos ha repercutido la siniestra nueva de su muerte como repercuten las grandes desgracias nacionales.

Con la muerte de Domingo Arteaga Alemparte, ha enmudecido para siempre una lira en cuyas cuerdas canoras vibraban eternamente melodías, ya tiernas como las lágrimas de una madre, ya dulces como las primeras sonrisas de amor, ya alegres como el festivo cantar de las aves, ya ardientes como el sol de primavera; se ha quebrado una pluma de oro que ha iluminado pájinas admirables i esculpido, en vez de escrito, pensamientos bellísimos; se ha apagado una palabra que, en el parlamento o en la tribuna, ha resonado majestuosamente, convenciendo con lójica de acero i conmoviendo con arrebatos entusiastas; en fin, se ha perdido un amigo sin tacha, un hijo modelo, un patriota jeneroso, un insigne literato.

Domingo Arteaga Alemparte descubrió desde mui jóven brillantes cualidades intelectuales. Nació poeta, nació artista. Hijo predilecto de las Musas americanas, cantó desde la cuna como canta el ruiseñor de la India, como canta la alondra del espacio inmenso.

Organizacion por excelencia sensible, i poética, amó toda su vida las ciencias, las artes i las letras con entrañable afecto. De fantasía tropical, de corazon magnánimo, de naturaleza fuertemente nerviosa, de carácter caballeresco, Domingo Arteaga Alemparte reflejó en las pájinas que ha dejado, ese fuego tropical de su fantasía, ese calor épico de su corazon, esas palpitaciones nerviosas de su naturaleza, esa nobleza lejendaria de su carácter.

Como diputado, como periodista, como orador, como poeta, ya manejando como diestro adalid la ática sátira, ya entonando con soberano acento canciones elevadas, ya poniendo en juego inagotables recursos oratorios, defendió siempre, con ánimo levantado, con implacable enerjía i paciente constancia, el deber i el derecho, la justicia i la libertad. Tenia algo del rijido Caton. Su cuna i su tumba se unen en un solo pensamiento, en un solo propósito: cumplir el deber.

¡Ai! i el deber lo ha muerto.

Su débil contestura no pudo soportar el peso abrumador de las obligaciones i labores que le imponia su espíritu. Su cuerpo lo abandonó en la mitad de la jornada. Es lo que siempre sucede a aquellos que tienen talento jigante i cuerpo sin robustez orgánica.

Si la sociedad viste hoi negro luto, los que brillante o humildemente manejamos una pluma, lloramos al que nos ha abierto anchurosa via, al que nos ha estimulado, guiándonos con su propia mano por los ásperos escollos i punzantes espinas de la amarga vida de las letras.

Era uno de los caudillos mas intrépidos, uno de los apóstoles mas elocuentes de la literatura nacional. Sin envidia, sin rencor, sin crueldad, era para los jóvenes lo que para el proscripto el suelo de la patria, lo que para el fatigado viajero del desierto, florido oásis

Como redactor de *La Semana* i *La Libertad*, como diputado, como miembro de muchas sociedades literarias i de instruccion, como autor de poesías incomparables i de libros encantadores, Domingo Arteaga Alemparte ha dejado tras sí, huellas luminosas, recuerdos imperecederos. Tenia los arranques espontáneos de Lamartine, la gráfica frase de Girardin, la elegancia escultural de Becquer, la entonacion épica de Quintana. Era una grande alma, un gran corazon, un gran cerebro.

¡Todo esto, señores, es lo que hemos perdido!

¡Ah! qué tristes descepciones asaltan el espíritu de los que quedamos luchando en esta lid sin descanso, cuando se ve bajar los fúnebres escalones de sombría sepultura, a un hombre que siente apagarse la llama de la vida, cuando el corazon late con mas vigor, cuando la intelijencia con las alas estendidas vuela como águila real por los espacios etéreos de la fantasía, cuando las ilusiones como mariposas de oro todavía juegan i relampaguean en la imajinacion i cuando sueños de amor i poéticas esperanzas hacen aun sumerjir el alma en éxtasis sublimes!.........

Domingo Arteaga Alemparte ha muerto como Musset, como Byron, como Espronceda; ha muerto llevando a la tumba un mundo de estudio, de inspiracion, de elocuencia, de honradez i de virtudes cívicas. Ha cruzado por la tierra con la vertijinosa rapidez de aquellos meteoros que alumbran el horizonte, se pasean i jiran con ufana gallardía por el cielo azul i despues se hunden en las tinieblas.

¡Adios, poeta insigne, escritor exelso, honrado ciudadano!

Que la patria teja la corona de siempre-vivas que ha de cubrir el mármol helado de vuestra sepultura, i que las hadas de la inspiracion velen eternamente en los umbrales de vuestra augusta tumba!

DON RÓMULO MANDIOLA

EN REPRESENTACION DE LA PRENSA

Una última palabra, señores.

En los discursos que se han pronunciado al borde de esta tumba recientemente abierta para dar paso a restos que hacen sagrados el cariño i el respeto, acabo de oir que se ha hablado del señor Arteaga Alemparte en su carácter de periodista; i yo, que figuro entre los soldados de la prensa, aunque en último término, no he podido ménos que levantarme aquí para hablar en nombre de mis compañeros i con ellos asociarme a este gran dolor.

¿I por qué nó, señores? He sentido palpitar dolorosamente el corazon de la sociedad a la noticia de esta gran muerte; i mañana, cuando en alas del vapor vaya tan triste nueva a todas partes, dolorosamente palpitará tambien el corazon de toda la República. Es que ha caido un varon fuerte, que vivió en el puesto del deber i supo morir como bueno.

De cierto que no conocí tanto como vosotros conocisteis a este muerto ilustre; pero, sí, he de asegurar que soi de los primeros en admirarle así por su cultivada intelijencia, la enerjía de su carácter, la entereza de sus convicciones, que yo siempre respeté si bien no podia aceptar en un todo, como por la jenerosidad caballeresca de su corazon, que no conocia el egoismo, que tendia mano franca i abnegada a cuantos a él acudian. Era un sembrador infatigable de sentimientos jenerosos e ideas elevadas.

No hace aún cinco meses que yo por buena fortuna personalmente le conocí; no hace aún cinco meses que recibí de sus labios lecciones i consejos que aprecio como de maestro; pero así i todo, i apesar de los elocuentemente sentidos discursos que se acaban de oir, me he atrevido a levantarme en este sitio para unir mis lamentos i los de mis compañeros a vuestros lamentos. Recuerdo bien que el Tasso ha dicho que los grandes dolores son mudos; pero tambien es cierto que hai circunstancias en las cuales, si uno quisiera no dar espresion al que le despedaza el alma, el corazon estallaria dentro del pecho. Respeté al hombre recto, aprecié siempre al hombre de intelijencia i me encantó el amigo franco i jeneroso. En nombre de estos recuerdos de gratitud, que son mios.

i de mis compañeros de la prensa, vengo aquí a dar un último adios a esta existencia querida que nos ha dejado.

¡Un adios!...

Un gran injenio frances (Alejandro Dumas), hablando al borde de la tumba de un gran poeta (Lamartine), estrechaba con su mano el corazon desgarrado i falto de fé esclamaba: «Felices los que pueden decir *Hasta luego*! Desgraciado de mí que solo puedo decir a este amigo inolvidable: *Adios para siempre!*»

Vienen a mi memoria estas palabras, porque en presencia de ese ataud que no puedo mirar sin cariñoso respeto, deseo, señores, que abra sus alas de oro la esperanza, para tener un último consuelo i decir al que va a quedar ahí sepultado: *¡Hasta la vista!*— *¡Hasta luego!*

LA CONCURRENCIA

Terminados los discursos, la inmensa concurrencia que habia solemnizado el acto se retiró silenciosa del Cementerio, despues de haber pagado el tributo de cariño i de lágrimas al que fué noble amigo, esclarecido ciudadano, honra i gloria de Chile.

A la puerta de la fúnebre morada, el duelo fué despedido por los deudos del señor Arteaga Alemparte.

Para que pueda formarse una idea de los círculos representados en el acto de la inhumacion, vamos a apuntar algunos nombres que recuerda nuestra frájil memoria:

Don Miguel Luis Amunátegui, Ministro de Relaciones Esteriores.

Don Manuel Montt, Presidente de la Corte Suprema.

Don Alvaro Covarrúbias, Presidente del Senado.

Don Manuel García de la Huerta, Presidente de la Cámara de Diputados.

Don Zenon Freire, Intendente de Santiago.

Diputados don Eduardo Matte, don Manuel Larrain Pérez, don Nicolas Gonzalez Julio, don Jorje Huneeus, don Lauro Barros, don José Antonio Tagle Arrate, don Santiago Prado, don Isidoro Errázuriz, don Vicente Reyes, don Pedro Montt, don Juan Domingo Dávila, don Cárlos Lira, don Ambrosio Montt, don Agustin Edwards, don Patricio Linch Borgoño, don Melchor Concha i Toro, don Demetrio Lastarria, don Pedro Lucio Cuadra, don José Nicolas Hurtado, don Ricardo Letelier, don Segundo Molina, don Diego Antonio Elizondo, don Ramon Yávar, don Manuel Carvallo, don Gaspar Toro, Secretario de la Cámara de Diputados, i don Juan Antonio Orrego, Pro-Secretario de la misma.

Senadores don Belisario Prats, don Miguel Elizalde, don Adolfo Ibañez, don Jerónimo Urmeneta, don Joaquin Bles Gana, don Benjamin Vicuña Mackenna, don Antonio Varas i don Marcial Martinez.

Coronel don José Francisco Gana.

Coronel don Luis Arteaga.

Coronel don Cornelio Saavedra.

Coronel don Márcos Maturana.

Teniente don Enrique Tagle Castro, herido en la jornada de Tarapacá, i que, apoyado en sus muletas, habia abandonado su lecho de dolor para asistir al acto.

Don Manuel Amunátegui, Rector del Instituto Nacional.

Don José María Barceló, Ministro de la Corte.

Don José Alfonso, id. id.

Don Ramon Antonio Vergara Donoso, id. id.

El coronel Bunster, edecan de S. E., acompañaba al hijo mayor del Presidente de la República, don Francisco Pinto.

Don Alejandro Vial, Jerente del Banco Nacional,

Don Ramon Vial, Director Jeneral de Telégrafos.

Don Ignacio Domeyko, Rector de la Universidad.

Don José Zegers Recasens, Secretario Jeneral del Consejo Superior de Instruccion.

Doctor don Florencio Middleton, doctor don Manuel Barros Borgoño, doctor don Vicente Olivieri, doctor don Tomas R. Torres, doctor don F. Aníbal Ravest, doctor don Adolfo Valderrama, doctor don Guillermo Middleton.

Don Juan Miguel Dávila, Secretario Municipacial.

Don Ruperto Vergara, don Antonio Brieba, don Vicente Grez, don Alvaro Besa, don Cárlos T. Robinet, don Pedro Valentin Urzúa, don Martin Gandarillas, don Alberto Gandarillas, don Anjel Custodio Gallo, don Julio Garrido, don Victorino Garrido, don Ramon Tagle Castro, don Ramon i don Ismael Morandé, don Nemecio Vicuña, don Agustin Aldunate, don Pedro Nolasco Gomez, don Julio Bañados Espinosa, don Alberto Tagle Castro.

Don Cárlos Rogers, comandante del Cuerpo de Bomberos.

Don Juan Gandarillas, juez de letras de Santiago.

Don Alejandro Carrasco Albano, Secretario del Consejo de Estado.

El abogado don Pedro Nolasco Donoso, que vino especialmente de Rengo.

Don Julio Berstein, propietario de la Refinería de azúcar de Viña del Mar.

Don Juan de Dios Monarde, gobernador de Illapel.

Don Eduardo Kendall, distinguido representante del Comercio Estranjero de Valparaiso.

Don José Miguel Gacitúa Verdugo.

Don Enrique Sanfuentes.

Don Gustavo Reed.

Mr. Sève, Encargado de Negocios de Béljica, tambien estaba presente.

La imprenta de *Los Tiempos* estaba representada por los señores don Augusto Ramirez Sosa, don Mauricio Cristi, don Juan Rafael Allende, don Raimundo del R. Valenzuela i don Rómulo Mandiola (colaborador).

UN DUELO NACIONAL

«LOS TIEMPOS»

Una dolorosa cuanto inesperada noticia vino a sorprender a la capital en las primeras horas de la mañana de ayer: el señor don Domingo Arteaga Alemparte acababa de lanzar el último suspiro a las 9 i 10 minutos de la mañana, despues de cinco dias de una lucha tenaz con la muerte, lucha en que la ciencia hizo prodijios, la familia esfuerzos inauditos i desesperados, i en que la amistad veló sin descanso a la cabecera del lecho del ilustre enfermo.

Todo fué inútil: el inexorable destino habia señalado la hora, i Chile vió descender a la tumba a una de sus mas reputadas intelijencias.

¿Quién no ha conocido, a lo ménos de nombre, al señor don Domingo Arteaga Alemparte?

Publicista distinguido i poeta inspirado i correcto, las letras le deben muchas hermosas pájinas que son honra i gloria para el pais; orador elocuente, la tribuna parlamentaria le ha visto siempre sosteniendo con su acostumbrada virilidad i su indisputable buen sentido los mas sanos principios del liberalismo honrado i consecuente; hombre público de acrisolada virtud i de severas convicciones, no encontró jamás un solo enemigo, que a honor se tenia hallarle en las filas de los adversarios porque es siempre un grande honor discutir con el talento i con la honradez.

Hombre privado, el señor Arteaga Alemparte supo labrarse una reputacion escepcional: dondequiera que tendia su vista encontró siempre cariño, simpatías, respeto. Se conceptuaba una felicidad estrechar su mano porque se sabia que se estrechaba la mano de la lealtad i de la franqueza, porque se sabia que en ese corazon no habia doblez ni sentimientos ocultos, que en esa alma habia formado su nido la virtud.

Esclavo tenaz de su deber, hizo siempre mucho mas de lo que su deber le exijia, i de ahí el oríjen de su sensible fallecimiento. El exceso de trabajo debilitó su naturaleza quebrantada desde largo tiempo por el estudio i la labor constante.

Director-jerente del Banco Agrícola, el señor Arteaga Alemparte llenó sus deberes con una laboriosidad infatigable, consagrando casi todas sus horas a mantener el crédito de esa institucion i elevarlo hasta la altura en que hoi se halla, altura debida a sus nobles esfuerzos.

I pasando de este campo al campo del progreso intelectual, ¿qué sociedad literaria no le ha contado entre sus miembros mas honorables i respetados?

Desde niños nos hemos acostumbrado a ver figurar el nombre del señor don Domingo Arteaga Alemparte al frente de todo lo que significa instruccion, progreso científico i moral.

Las Sociedades de Beneficencia, los Cuerpos de Bomberos, la Facultad de Filosofía i Humanidades, el Consejo Superior de Instruccion Pública, las Instituciones de Crédito, el Parlamento, todo, en fin, lo que significa un bien para el pais ha tenido siempre en el señor Arteaga Alemparte un cooperador tan decidido como laborioso, un consejero tan competente como ilustrado, un defensor tan hábil como intelijente.

Larga por demas seria para nosotros la tarea si hubiésemos de seguir al señor Arteaga Alemparte en las diversas etapas de su carrera pública: plumas mas autorizadas que la nuestra sabrán cumplir con ese deber que la patria reclama para uno de sus mas esclarecidos hijos, para esa alma pura i honrada que jamás abrigó otra aspiracion que la de consagrar todos los dias de su vida al bienestar i al lustre del pais que le sirviera de cuna.

Nuestro propósito es mas modesto, pero no por eso ménos ineludible. Admiradores ciegos pero justicieros, del ilustre ciudadano a quien hoi llora todo Santiago i a quien llorará mañana toda la República, no podemos dejar quieta nuestra humilde pluma cuando nuestro corazon rebosa admiracion, cariño i sentimiento.

En nuestra modesta i corta vida de escritores públicos, encontramos en el señor Arteaga Alemparte algo mas que un amigo i que un consejero: hallamos un padre cariñoso, que—en union de su noble hermano el director de nuestro diario—siempre tuvo para nosotros una palabra de aliento, un consejo prudente i precioso que hemos grabado en nuestro corazon con caractéres imborrables i que ha dejado en él una huella de inestinguible gratitud...

En este penoso momento, cuando aun no sabemos darnos cuenta cabal de lo que escribimos porque es el dolor quien guia nuestra pluma, solo tenemos fuerzas bastantes para asociarnos al inmenso pesar que abruma a la ilustre familia del señor Arteaga Alemparte, i hacer los mas fervientes votos por que cuanto ántes halle la calma que le ha arrebatado la desgracia.

AUGUSTO RAMIREZ SOSA.

« EL NUEVO FERROCARRIL »

I

Si hubiera vivido, — lúgubre i penosa frase! — habria sido Senador. No habria subído mas allá. Tenia mucha independencia de alma i de criterio para haber sido Ministro de Estado, por ejemplo. — « He dicho subir a Ministro » porque pienso en otros hombres i en otros tiempos. Hoi, de portero se baja a Ministro.

Era esencialmente ilustrado, — i esencialmente bueno. Habia en él algo de los sabios de la antigua Grecia, i algo de los antiguos patriarcas de Israel. Enviado por mis colegas de la prensa, fuí mas de una vez a solicitar el concurso de su nombre i de su intelijencia para alguna obra buena. Aceptaba con efusion, casi con agradecimiento; — cuando se le iba a pedir un servicio en nombre del bien, parecia que se le hacia un servicio. Se habria dicho que presintiendo su próximo fin, — no es una palabra vana esa de presentimiento! — se apresuraba a vivir ampliamente para el bien, — como una luz que da todo su brillo al morir! — Era un rudo minero de la idea. Abria con esfuerzo tenaz ancha brecha en la piedra inerte, bruta, dormida, buscando con su lámpara horizontes al pensamiento, — como Diójenes buscaba un hombre!

Trabajaba a la idea, i la idea lo trabajaba. Un dia lo encontré en su mesa de redaccion, la frente sudorosa, como si estuviese en un trabajo material. — Qué pesado es el pensamiento! me dijo. Porque en efecto, la idea pesaba en su vigoroso cerebro — como la barreta en el brazo fornido de un obrero! Pero concluia siempre por abrir con la idea, — esa barreta! — un surco en el campo, i allí, sembraba — cosechando siempre!

II

Nació en Concepcion, — esa grande hija de Chile que ha dado a la patria tanta sangre i tanto talento. Cuarenta i cuatro años. Su cuerpo delgado, débil, frájil, envolvia un espíritu entero i una intelijencia fecunda, — como una pequeña violeta que encerrase todo el perfume de una magnolia! Su frente tenia esas líneas entrantes que el estu-

dio i el esfuerzo, no el tiempo, imprimen al pensador. Ojos elocuentes i vivos, poderosos como la palabra i estensos como el pensamiento, solian brillar con intenso calor, como si toda la vida i la savia de aquella naturaleza delicada se hubiesen concentrado en los ojos — i en la frente. Habia cierta dureza en las líneas de su fisonomía, suavizada empero por un aire visible de bondad. He dicho que ese carácter independiente i altivo era esencialmente bueno.

Hablaba como un maestro; sus palabras decian siempre alguna idea o algun consejo. Eso no es comun: despues de oir a muchos hablar una hora, no se sabria condensar de sus palabras un pensamiento nuevo o útil. Su rostro se animaba al hablar, i ayudaba con su espresion a la espresion de su palabra. Se le oia con placer, porque enseñaba o entretenia. Sabia escapar a las banalidades i a las futilezas; era un espíritu de exámen i de análisis, aun en la charla de salon. Pero tambien en esa charla grave solia tener frases incisivas, destellos picantes — que recordaban los destellos de las pupilas de una mujer enamorada!

He creido notar siempre algo de melancolía i de silencio en ese rostro pequeño i animado, sin embargo. — ¿Es acaso una cualidad del pensamiento grave el ser melancólico? — Talvez; a fuerza de pensar en el hombre i en el mundo, hai muchos que llegan a esta dolorosa sima de Renan, que perturba el alma i la baña de angustia: — «Siento que no creo bastante, i que no puedo creer mas!» — De ahí la indefinible melancolía del corazon, que se asoma al rostro para buscar afuera algun consuelo, — como cuando encerrados largo rato en nuestra habitacion, abrimos una ventana que da al jardin!

La dulce fe embellece el alma i el rostro!

III

Intelijencia grave i severa, educada i cultivada en la gran escuela de los tiempos primitivos. Desde temprano prefirió los estudios clásicos. Se habria dicho de Domingo Arteaga que era una intelijencia que no tuvo infancia. Fué durante su vida, por el jénero de sus lecturas, el oyente silencioso i recojido de los grandes muertos de la antigüedad. Un rasgo pinta al hombre: cuando fué diputado, se creyó en el caso de renunciar a su empleo del Ministerio — para conservar su independencia. Oh! ahora, se trata de hacer una lei sobre incompatibilidades parlamentarias, — porque es necesario obligar por la lei a los empleados públicos a tener dignidad! Los empleados no se educan hoi en el ejemplo de esos grandes muertos de que acabo de hablar. — Otro rasgo pinta el carácter de su educacion: — tradujo la Eneida.

Entre nosotros, era de los pocos que no creen que el tener libros es una razon para no leerlos. Los leia i los pasaba a su cerebro, — como a una cámara fotográfica. Su talento culto i profundamente académico lo llevó naturalmente a un sillon del Consejo Universitario, — como la lei de equilibrio lleva a los cuerpos a buscar su centro de gravedad. I allí influyó poderosamente en el carácter i en la reforma de la enseñanza oficial, i defendió de buena fé el estudio obligatorio del latin. La buena fé, — aun en la defensa del latin, — era la base de sus acciones. Este largo proceso seguido en Chile

contra el latin — momia que no podrá vivir largo tiempo apesar del galvanismo — ha tenido incidentes estraños i curiosos. Domingo Arteaga fué uno de los mas hábiles i mas prestijiosos abogados del criminal. Su palabra tenia esta doble influencia de salir de una intelijencia perfectamente literaria — i de un hombre de negocios.

A la gravedad de sus estudios i a su talento austero, unia un injenio ateniense; este hijo de Concepcion habria podido ser hijo de Atenas. Concepcion fué su cuna, pero Atenas fué su maestra. *Los Constituyentes chilenos* es el libro en que la América ha hecho mayor gasto de injenio. A menudo tan bueno como el de Timon, tiene pájinas que yo no cambiaria por otras de Timon, i retratos que me hacen pensar en Plutarco. Hablando de una ruda i áspera cabeza de diputado — de constituyente — ese libro dice esta frase que ya se ha hecho vulgar: — « Nada ha entrado allí, nada ha salido de allí. » — Con eso ha dicho un volúmen; ese *allí* es admirable como un silojismo, terrible como una bala. Es la materializacion completa de la cabeza de un sér humano; en realidad no es una cabeza, no es una intelijencia, no es un pensamiento, casi no es un hombre. Es un adverbio: — Allí.

Era, pues, un talento serio, que tenia la bondad de ser ameno, — i a veces el poder de ser terrible — como la abeja que se ocupa en fabricar miel, pero que clava su lanceta cuando la impacientan.

IV

I era efectivamente una abeja laboriosa. Al alejarse de la vida, ha dejado la huella de su esfuerzo en casi todas las esferas de la actividad intelectual — como la nave que se aleja va dejando su estela sobre el mar! ¡Oh! la muerte fué tambien cruelmente activa para hacer su obra: aquella naturaleza quebradiza no pudo luchar por pocos dias — i se dobló en pocas horas. Tuvo que obedecer con dolorosa prontitud a la Muerte, esa mujer implacable que llama al hombre hácia la tierra...... *donna ignuda che manda l'uomo sotto terra!!*

El periodismo i la prensa diaria, el libro i el folleto fueron dúctiles entre las manos de Domingo Arteaga, i en todos ellos estampó su nombre — que se hizo un nombre ilustre. He hablado de su injenio, incisivo i picante. Pero su injenio era de la escuela de *Los Constituyentes chilenos* i del *Paris en América*, que tradujo. No era ese injenio festivo, jocoso, prolongado, que quiso ensayar en las revistas semanales de *La Semana*. Juan de las Viñas está hoi completamente olvidado, cuando Domingo Arteaga ha de vivir por mucho años. Es un justo olvido de que él no podria lamentarse ni ofenderse. No podia ser un escritor de costumbres. A sus manos venia mejor el guante que el escalpelo, como a las manos de una mujer hermosa.

Abandonó el periódico literario, i penetró con valor i con talento en el diarismo. Siempre con su hermano don Justo, su hermano de afeccion i de intelijencia. Ese matrimonio intelectual dió a luz *La Libertad*, como ha dado despues *Los Tiempos* — dos buenos hijos, mejor el primero que el segundo. Siempre los muertos son mejores que los vivos! Su estilo, frases cortas, era vivo i animado, brillante i colorido — semejante a los rasgos del pincel de un buen pintor. Como el de su hermano don Justo, — que

ha llevado el período corto hasta el fanatismo — su estilo se formó una personalidad característica. Hizo de la metáfora un sistema i un específico, i convirtió los epítetos en sustantivos abstractos. No decia « este hombre es bueno » — sino « este hombre es una bondad » — no creia que tal camino era inclinado, sino que ese camino era una inclinacion; — no aconsejaba a los demas que fuesen rectos i justos, sino que fuesen rectitud i justicia. En manos de los Arteagas ese estilo ha producido maravillas; pero lo han tomado por suyo muchos pequeños aprendices, i lo han depreciado amargamente en el mercado literario. El inconveniente de lo mui nuevo es hacerse rápidamente mui viejo, — porque provoca la gula de los imitadores vulgares, i jeneralmente ineptos. El sol, ese eterno viejo de la creacion, es eternamente nuevo. — I es que nadie lo ha imitado!

De ahí que el estilo cortado haya apénas alcanzado mediocre, escasa fortuna — efímera i vulgar.

V

Poeta casto. Ha cantado a la Patría, a la madre, al dolor, a la esperanza. Despues de eso ha cantado al amor, pero en abstracto, puro, grande, buscando lo Ideal. Aun en el amor, esta sublime locura del alma, Domingo Arteaga era sóbrio, reflexivo, — iba a decir académico i clásico! Con él se habrian estrellado las seducciones de aquella sirena que un dia se puso bastante linda para llevar a su amante al cadalso. Se habria dicho que el amor no era para él la Mujer, sino lo Infinito, — como para el águila no hai la Distancia, sino el Espacio! La abstraccion — ese noble consuelo — es la facultad de las almas de gran temple.

Tuvo en sus últimos dias una ardiente historia de amor que se ha repetido en discreto silencio. Fué el último destello, como la última emanacion de aquella alma rica. Parece que en aquella existencia que iba ya a estinguirse, hubiese resonado la palabra bíblica: — *Cras amet, qui nunquam amavit:* — ame desde mañana el que nunca ha amado; apresúrese! — ¿Acaso el Amor, se han preguntado todos, no auxilió a la Muerte en su obra de destruccion? I entónces, una dulce niña, hermosa i buena, habria contribuido sin quererlo a helar la sangre en aquel gran corazon, i a matar el pensamiento en aquel cerebro activo. — Así tambien, los griegos llamaban las hermosas i las buenas, las *Euménides*, a las Furias!

La poesía de Domingo Arteaga es pura, correcta, alta; — es tambien pensadora. Habia estudiado con respeto i con cariño a los grandes maestros, i siguió sus huellas. En sus versos hai la forma que revela el estudio de la lengua, i la inspiracion que sabe herir el sentimiento. Como poeta es poco conocido entre la juventud; la juventud busca en las musas el amor, siempre el amor, el amor cálido, arrebatado, absorbente, — como la mariposa busca la llama que ha de quemar sus alas! Domingo Arteaga es un enamorado silencioso, platónico, discreto i respetuoso. No es el poeta de la juventud. Sus versos no son de aquellos que los enamorados aprenden de memoria; son de aquellos que se ponen como modelos en los cursos de literatura. Como en todas sus obras, en su poesía es siempre el latinista, el académico — inspirado por las musas reflexivas i moderadas.

Apesar de eso, o talvez mas propiamente por eso, sus odas severas i hermosas como un mármol, vivirán mucho mas que tantas canciones de amor.

VI

Aunque tomó parte activa en muchas situaciones políticas, parece que la política ardiente no lo atraia con mucha fuerza, — sobre todo en los últimos tiempos. Por lo demas, no encuentro buena lójica en la fraternidad de un jerente de Banco i de un sectario apasionado de cualquiera idea política. El crédito sufre, la confianza decae, las pasiones militantes son un elemento perturbador i disolvente en una oficina comercial. Ese universitario, ese poeta, ese perfecto literato trabajaba tambien sobre los números — con intelijencia i con acierto.

Murió sancionando con sus últimos trabajos esta doble entidad que parece un absurdo: poco despues de correjir algunas pruebas impresas de sus poesías, i de escribir una nota de negocios para el Banco.

Una vida de trabajos i de hermosas obras no se extingue con el sepulcro. La posteridad no entierra con igual indiferencia a todos, como los sepultureros. Hai nombres que viven largo tiempo despues de la muerte, — como la luz del sol queda flotando en la atmósfera despues que el astro se ha sepultado!

JACOBO EDEN.

PARA «EL MERCURIO» DE VALPARAISO

«Pero tú, madre mia,
Tú no me olvidarás. Del patrio suelo
Que mi alma tanto ansía
Enviaráme tu amoroso anhelo
De una memoria el celestial consuelo.»
DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.
(A mi Madre al Partir.)

I

En la lozana plenitud de la vida i de la intelijencia, ha sucumbido hace pocas horas en Santiago uno de los espíritus mas cultos i mejor cultivados que haya honrado jamás las letras chilenas.

Domingo Arteaga Alemparte era, en toda la estension del vasto significado de la palabra, un verdadero hombre de letras. Pensador profundo, jenio metódico, laboriosísimo, familiarizado con los grandes escritores de la antigüedad i con los espíritus mas atrevidos de la época moderna, erudito, dotado de una percepcion estraordinariamente fina i delicada, poeta de imajinacion i de sensibilidad, esto es, verdadero poeta, puede decirse de él con la completa conciencia de la justicia, que era un literato en el sentido que fueron literatos hombres como Bello, Sanfuentes, García del Rio i otras pocas naturalezas escojidas del suelo americano.

Domingo Arteaga Alemparte ha sido arrebatado a sus padres, a sus amigos, a las letras i a la política de Chile en aquella edad de la vida que, por aproximarse al otoño, sazona sus frutos de rico sabor i de perfumada fragancia. Pero aun así no pasaron sus cortos dias como sombra entre los egoismos i vanalidades de las existencias que se deslizan por los mil senderos de la actividad humana sin dejar mas huella que un nombre inscrito en los rejistros parroquiales.

II

Venido al mundo, como Pascal, con frájil i delicada estructura física, una potente voluntad le ha mantenido durante 44 años en el vigor con que el deber i el amor de los hombres i de las grandes cosas del espíritu calienta la savia, desigual en todos los séres, de la naturaleza.

Fué Domingo Arteaga Alemparte nuestro condiscípulo en el COLEJIO DE SANTIAGO, hace mas de treinta años; i desde entónces descubria el espíritu tranquilo, reconcentrado i casi melancólico que en su esterior formaba contraste con la animacion de su rostro infantil, iluminado por plácida sonrisa i por su viva, móvil i penetrante mirada.

Domingo Árteaga Alemparte tenia en el colejio un comportamiento tranquilo, casi meditabundo i retraido, al mismo tiempo que una fisonomía vivaz, simpática i juguetona. El hombre sério habia comenzado temprano su labor en su ancha frente

III

Las ajitaciones políticas que conmovieron al país en 1851, arrastrando al destierro a su digno padre, no le permitieron alcanzar un diploma de carrera científica. Pero, educado en la doble escuela de la adversidad i del destierro, sus ricas facultades naturales adquirieron la solidez que da al fierro el martillo que lo bate, i el brillo que en el metal imprime el cilindro que lo pule.

Residiendo en Arequipa durante cinco o seis años, Domingo Arteaga Alemparte hízose comerciante para procurar a los suyos el pan escaso del proscrito; i en esta condicion visitó con frecuencia las comarcas del Perú, siéndole familiares los sitios que hoi recorren i dominan nuestras armas victoriosas. En esa época i en otra posterior visitó tambien a Bolivia i sus mercados i ciudades principales.

En una de esas ausencias escribió tierna endecha de hijo a la madre que partia, i en cuyo seno acaba de helarse su cabeza moribunda. El ha partido ántes que ella, pero el canto siempre es el mismo: el dolor de los que se quedan, eco del adios de los que se van!

IV

Regresó a Chile nuestro digno condiscípulo i colega de la Universidad, por el año de 1857; i un año mas tarde hizo vibrar en las columnas de un periódico fundado por nosotros (*La Asamblea Constituyente* del 8 de diciembre de 1858) i talvez por la ocasion primera, su lira de oro para el encanto de sus compatriotas que no le conocian i no le habian todavia escuchado.

Mui pocas veces, a juicio nuestro, ha remontado mas alto, i con vuelo mas cadencioso i etéreo, el estro del poeta que en las estrofas en que Domingo Arteaga Alemparte cantó entónces, a la edad de 22 años, la edad de la esperanza! *A la Esperanza.*-

« Misteriosa vision de blancas alas
Que te ciernes tenaz sobre mi anhelo ;
Inestinguible voz, voz de consuelo,
Augur del porvenir !
Esperanza ! purísima centella
Desprendida del seno de Dios mismo,
Para alumbrar el tenebroso abismo
De la duda infeliz.

« Tú eres para la flor amortiguada
Por los rayos del sol de árido estío,
La cristalina gota de rocío
Que anhela por beber ;
Eres para la nave que en la calma
Perezosa se mece i se fatiga,
El soplo con que viene el aura amiga
Sus linos a estender.

« De la mujer que en nuestros sueños vive
Eres el tibio, perfumado aliento,
De sus blandas querellas el acento,
Sus palabras de amor,
I su esbelta silueta vaporosa
Que se diseña májica a lo léjos
A los postreros pálidos reflejos
Del espirante sol. »

V

Dejamos al lector hacerse juez del alma de Domingo Arteaga Alemparte i de la poesía que en ella se anidaba, al leer esos pocos versos de su juventud, tomados al acaso : flores que hoi perfuman i entristecen su temprana tumba.

Domingo Arteaga Alemparte era un poeta paisista como Delille i, al mismo tiempo era un poeta estético i sentimental como Lamartine.

Sus mejores cantos han sido los que ensalzaban el alma humana i sus mas jenerosos atributos : el amor, el dolor, la esperanza, la madre, este símbolo santo de todos los amores, de todas las penas, de todas las esperanzas de la vida.

Oigámosle todavía un breve momento, puesto que ya no le habremos de escuchar mas : canta al dolor.

«Dolor, de tu candente
Crisol vuelto en escoria
Sale el ánimo tímido, impotente;
I de inmortalidad salen radiosos
Los seres jenerosos,
Que iluminan los siglos de la historia.
De Tácito la frase vengadora
En tus ardientes fraguas retemplaste;
De Juvenal la sátira canora
En acerado ritmo modelaste.
En la copa de Sócrate tu sello
De eternidad pusiste.
Tu inestinguible, cálido destello,
De la fiel Eloisa, de la triste
Magdalena en las lágrimas fulgura
I de Dante sombrío la figura
Lleva en sienes altivas
Tu corona de amargas siempre vivas.»

VI

La Oda al Dolor de Domingo Arteaga Alemparte seria por sí sola suficiente título para declararle un poeta ilustre. I a la verdad que ella ha sido la que mas popularidad le ha granjeado en los hogares de sus compatriotas, porque ¿en qué alma no hai penas i en qué hogar no golpea cada mañana la mano implacable del dolor humano?

VII

Domingo Arteaga Alemparte, como poeta, ha cantado tambien el amor, cual lei de la naturaleza; i si bien su espíritu célibe pareció rebelde a su yugo, no por esto dejó de ser un hombre de infinito amor, puesto que era un hombre de infinito deber. Amaba su techo, sus libros, la campiña, un retazo del cielo, el matiz de las nubes, el colorido de las flores, las aves que cantan i hasta el perro fiel que fué compañero de su último paseo hace una semana......

«¡Oh amor! tú que gobiernas
El sentimiento humano,
Que ensalzas i prosternas
Con invencible mano
El inmortal espíritu
Que anima nuestro sér!
Deidad, cuyos santuarios

Tiernas ofrendas llenan,
I nunca solitarios,
Con ecos mil resuenan
De jubilosos cánticos
Que aclaman tu poder!»

VIII

Instalado en Santiago a vuelta de prolongado pero voluntario destierro, Domingo Arteaga Alemparte acometió la tarea de las letras, harto mas ingrata en Chile que la de comprar en las *Yungas* fragante cacao i olorosa vainilla, i para esto uncióse al duro yugo junto con su hermano mayor o, mas bien, con su hermano jemelo. Ambos nacieron en Concepcion; Justo en 1834 i Domingo en 1835.



Resuelto a su propósito i en época particularmente difícil, despues de las convulsiones de 1859, fundaron ámbos *La Semana*, «revista literaria i científica» lanzando su primer númuro el 21 de mayo de ese año triste pero memorable.

Naturalmente la literatura de ese periódico se resintió de su época, i cupo a Domingo la parte mas árida, cual era la de las revistas semanales, jénero que cultivó mas tarde con señalada predileccion pero con éxito malogrado, con el nombre de *Juan de las Viñas.*

No era ése, en efecto, el camino natural de su índole séria, clásica i por lo mismo modelada, en la cual toda narracion debia forzosamente hacerse monótona. Para elaborar felices revistas de la prensa en una sociedad como la de Chile, en que la amenidad deberia venderse a domicilio como las chirimoyas, las piñas i otras frutas tropicales, se necesita no saber latin i no haber abierto jamás un libro clásico. Por esto *Juan de las Viñas* no alcanzó nueva fama, i si ilustró a sus lectores, no llegó hasta divertirlos.

Mas nos gustan en *La Semana* la *Sarjento-Candelaria* de Vicente Reyes i los versos de Camilo Cobo i Martin Lira que sus *Revistas Semanales*, espejo frio en que se miraba una ciudad hecha cadáver.

IX

Del periodismo pasó Domingo Arteaga Alemparte a la administracion, para la cual su método, su laboriosidad i su clara intelijencia dábanle facultades especialísimas de buen gobierno. Domingo Arteaga Alemparte llevó a la secretaría del Ministerio de Relaciones Esteriores la escuela, el método i el espíritu de don Andres Bello, este fundador científico de nuestra diplomacia. El famoso *Manifiesto* de 1865, que corrió por toda la América, fué debido a la pluma clásica i a la vez brillante del jóven sub-secretario de Estado i granjeóle reputacion universal de prosista, tal cual merecíalo su intelijencia rica, sostenida siempre por la brida de sobrio i castigado estilo.

Esa pieza será a la memoria de Domingo Arteaga Alemparte, como escritor, lo que su *Oda al dolor* como poeta.

X

Del ministerio volvió Domingo Arteaga Alemparte otra vez a la prensa, publicando, junto con su hermano inseparable, *La Libertad*, diario de considerables proporciones, cuyo primer número salió a luz el 1.° de julio de 1867 i el último el 31 de julio de 1871. ¿Podria durar mas tiempo en Chile un diario que se titulaba *La Libertad* i que era redactado por dos mozos pobres e independientes?

Fué esa época i esa lucha de cuatro años la edad mas fervorosa, mas ardiente, mas trabajada de Domingo Arteaga Alemparte.

Elevado al Congreso en dias de violentas recriminaciones políticas, obligado a tomar una parte activa en aquellos debates por su posicion de diarista i de antiguo miembro del gobierno, pronunció frecuentes i brillantes discursos que nunca fatigaron el ánimo ni el oido de la Cámara, pero postraron visiblemente sus fuerzas. Dotado de un órgano escaso, luchaba penosamente la pasion de su espíritu encendido en la contienda, con los medios de accion i de elocuencia que la naturaleza habia puesto con evidente parcimonia a su disposicion.

Anúnciase a este propósito que los discursos de Domingo Arteaga Alemparte saldrán pronto a luz en un volúmen, i francamente lo celebramos porque pertenecen a ese jénero de arengas que desarrollan todo su mérito cuando son leidos mas bien que cuando son escuchados. Se agrega que las obras a que el malogrado literato consagraba últimamente cierto afan de compajinacion, porque veia talvez acercarse la hora final del desencuadernamiento, constarán de cinco volúmenes i que, entre éstos, llevará la primacía el de sus versos.

Un anuncio de esta especie es como una prolongacion de la vida, i por esto dámoslo con satisfaccion a los lectores de *El Mercurio.*

XI

Domingo Arteaga Alemparte fué remunerado en 1866 de sus trabajos literarios con un asiento en la Universidad. Ese asiento era el que habia ocupado el espiritual José Joaquin Vallejos, este Juan de las Viñas verdadero cuyo elojio pronunció su sucesor el 20 de julio de 1866.

En esa ocasion dijo el jóven universitario estas palabras que fueron el resúmen de su creencia i de su labor hasta su última hora, como miembro de la Facultad de Humanidades:

« Formar hombres ilustrados es formar hombres dignos i libres, es llevar la mejor ofrenda al altar del verdadero progreso, de ese progreso que consiste en la victoria de la libertad intelijente del hombre sobre la ciega fatalidad ».

XII

Conocidas las aptitudes de administrador de Domingo Arteaga Alemparte, tanto

como sus aventajadas dotes literarias, fué invitado en la época del auje de los negocios i del crédito a rejentar el Banco Agrícola; i sabido es de todos el pié de buen réjimen i de severa i asídua labor en que supo colocar aquella administracion de crédito. A la verdad, esa fatiga sin aliciente, ese sudor sin brisas, le ha llevado al fin al sepulcro. Desde su banco de tafilete, què solo es blando para los que no tienen alma, fuése a su cama a morir diciendo a sus empleados *que ya no volveria a verlos.*

Hemos dicho ántes que Domingo Arteaga Alemparte era un hombre de deber i el deber lo ha inmolado en sus aras.

Hásenos informado que dictó su última nota de negocios oprimiéndose el pecho con ámbas manos, porque la fatiga, precursora de la disolucion, no le permitia proseguir. ¿I no se llama eso morir como soldado en el puesto del deber i en el puesto del soldado?

XIII

No por sus tareas de escritorio dejaba Domingo Arteaga Alemparte de consagrar horas de aparente descanso al movimiento científico i literario del pais.

Fué el mas laborioso operario del último cambio en los estudios, en el cual no hemos estado de acuerdo en el banco universitario, pero que en él tenia el doble mérito de la conviccion i del trabajo.

La nota que el Consejo Universitario envió al Gobierno, hace poco tiempo, como resúmen i defensa del nuevo plan de estudios, fué su postrera obra.

I la última vez que se hizo oir en público su voz simpática de propagandista, fué en el proscenio del Teatro Municipal en favor del huérfano i de la viuda de la patria.

XIV

Domingo Arteaga Alemparte no era de aquellos inumerables «hombres de buena voluntad» que existen en nuestro suelo pero que saben tener siempre una objecion para ejercitarla. La única vez que le vimos esquivar un cargo en la Universidad fué el de una asistencia, i entónces dió con franqueza una santa escusa: el hacer compañía a su madre solitaria i enferma.

Por lo demás, fué el miembro mas asíduo de la Facultad de Humanidades i del Consejo Universitario, para cuyo puesto fué nombrado el 24 de mayo de 1879.

XV

Entre las obras que el correo no nos da tiempo para citar, escribió Domingo Arteaga Alemparte un libro de biografías que tiene por título «*Los Constituyentes Chilenos de 1870*» i en sus pájinas, entre otros bosquejos acabados, dibujó el de uno de sus colegas mas distinguidos en la prensa, el redactor de *El Independiente*, don Zorobabel Rodriguez, de quien dijo al comenzar: «Hé aquí un diarista, un verdadero diarista!»

Tocábale por tanto al último la tarea que ha cabido, a título únicamente de la fraternidad del colejio i del auda superior, al que esto escribe; pero no hai en ello usurpacion porque la muerte ha ido tambien a golpear en el hogar amigo; i el atleta de la prensa hállase herido en la arena, miéntras otros mueren i otros aguardamos tranquilamente nuestro turno...

Lleve a todos los que sufren consuelo suficiente la palabra amiga i cúmplanse con honor en Chile los destinos de la intelijencia i la mision de sus obreros, en el trabajo, en el deber i en el dolor.

B. VICUÑA MACKENNA.

Santiago, abril 13 de 1880.

«EL MERCURIO»

Las letras, la política, la sociedad acaban de sufrir una gran pérdida con la súbita muerte del honorable diputado don Domingo Arteaga Alemparte.

Como literato, su reputacion es una de las mas sólidamente establecidas. Consagrado desde su mas tierna juventud al estudio, la esfera de sus ideas era mui dilatada, como lo acreditan sus estimables producciones, en las cuales puede el hombre de letras ver sin dificultad una sucesion no interrumpida de adelantos en el fondo i en la forma.

Cuando era apénas un adolescente, compuso versos; mas apesar de abrigar alma perfectamente lírica, la poesía no hizo otra cosa que enderezar su inclinacion llevándole a otro jénero de trabajos mas en armonía con su espíritu indagador a la vez que práctico.

A los veinticinco años Domingo Arteaga Alemparte era todo un prosista de nota. Tenia principios literarios, doctrina artística, vastas i bien meditadas lecturas, i sobre todo, una cosa que no se aprende, ni se enseña, ni se comunica por el ejemplo: gusto ático.

Mas de una vez el que esto escribe, viejo adorador de las letras, leyó con verdadero placer algunas pájinas que, leidas de nuevo, no han dejado de causarle cierta satisfaccion mui parecida a la que espirementa el gastrónomo al volver a gustar un plato delicado.

¡Qué lenguaje tan culto, tan galano, tan dulcemente flexible hai allí en esos primeros ensayos con que el jóven literato daba espansion a su alma! Su estilo, sin tener lo que los retóricos llaman grandilocuencia, era vibrante, patético, sonoro, reflejando la idea a que daba forma.

El estudio de los clásicos españoles habia ido purificando su retórica a punto de que en sus escritos de estos últimos tiempos la crítica mas severa no habria podido pillarle en faltas. I lo admirable para nosotros es que jamás pretendió los honores del purista,

ni imitó a aquellos que, para probar que conocen los grandes escritores españoles, embuten frases enteras de los hablistas del Siglo de Oro en su desaliñada i a veces bárbara prosa.

Esto se debe, a nuestro juicio, a que Arteaga Alemparte, estimando como el que mas el estudio de los clásicos, supo desde temprano dar a sus ideas el corte que les correspondia. ¿Hai nada mas repugnante que copiar, por ejemplo, a Cervantes, Quevedo, Mariana, etc., en escritos que ni por su índole, ni oportunidad, ni objeto toleran ese disfraz tan bello pero inadecuado?

Es preciso notar bien esto para apreciar en su justo valor el mérito de que veníamos hablando. Nadie mejor que Arteaga Alemparte habria podido lucir su trato íntimo i contínuo con los grandes maestros del habla castellana; los habia leido i releido con esmero, con deleite; mas no por eso dejó de comprender que el estilo i principalmente el lenguaje deben amoldarse al tiempo, que en su vertijinosa carrera arrastra con todo lo que toca.

Sintetizando ahora lo que hemos dicho i diríamos si pudiésemos disponer de tiempo i de salud, don Domingo Arteaga Alemparte fué como literato una de nuestras escasas i primeras notabilidades. Sus escritos acreditan vastísimas lecturas, madurez de juicio ejercitado en las grandes luchas de la meditacion i, sobre todo, una delicadeza de espresion en que se está viendo que su alma era tierna, elevada, sincera i robusta: una alma empapada en el lirismo Lamartiniano a un tiempo que nutrida en las mas austeras doctrinas de la buena filosofía.

Por lo que hace a la política, negro cáos que envuelve muchos talentos de primer órden, su vida toda fué amor a la libertad, al progreso, al derecho, i sin que en ninguna ocasion se le viese patrocinar ideas de violencia, de desórden, de cólera.

Respetó siempre el talento i la virtud hasta en sus enemigos. Afiliado en un partido que no ha brillado nunca por su moderacion, sus escritos i discursos en la Cámara i en los clubs son un testimonio elocuente de que sabia tener un credo político sin hacerse reo de las culpas que jeneralmente se cometen para acreditar lealtad i entusiasmo cívico.

Nadie le acusó nunca de meter la mano en indecentes cambullones, de hacerse el instrumento de cábalas de partido. Por el contrario, se le creyó i se le creerá siempre hombre recto, digno, puro, incapaz, en una palabra, de olvidarse por un instante de los sentimientos de honor tradicionales en su respetable familia.

Tal era el hombre a quien la muerte nos ha arrebatado cuando ménos lo esperábamos. Santiago debe estar de luto. No se pierde así no mas un espíritu i un corazon tan escojidos.

Para nosotros que le conocimos íntimamente desde la infancia; que le seguimos con cariñosa atencion desde que abandonó las aulas del Instituto Nacional, la vida de Domingo Arteaga Alemparte ha sido hermosa como esos espléndidos dias de primavera que en lo mejor de su radiante claridad se pierden en la noche.

Cuando se medita que un hombre como él, a quien todo sonreia, a quien amaban i respetaban todos los buenos, baja a la tumba llevando la desolacion i el espanto al corazon de un padre i de una madre que talvez no resistirán a este golpe; cuando se piensa que ni la ciencia, ni el cariño, ni las lágrimas, ni las preces pueden nada ante la inexorable guadaña de la muerte, fuerza es humillar la frente en el polvo i decir: «Hé ahí la mano de Dios; ella sabrá lo que hace.»

MANUEL BLANCO CUARTIN.

«LA PATRIA»

La tierra de Chile ha recojido ayer en su seno los restos de uno de nuestros mas distinguidos conciudadanos, i todos los grupos sociales que viven a la luz de la intelijencia i al calor de las nobles virtudes del corazon se han acercado a la tumba recien cerrada llevando en sus manos coronas empapadas en abundantes i amargas lágrimas.

Domingo Arteaga Alemparte, escritor, orador, poeta i financista, ha pasado, a los 44 años de edad, del campo de batalla de la vida, lleno de tumulto, confusion i polvareda, a la rejion serena i clara de la historia. Los que fueron sus amigos i sus compañeros pueden i deben, a esta hora, pagar a su memoria, sin reserva, el tributo de la admiracion i del cariño que le conquistaron su vasta intelijencia i su carácter levantado. I sus adversarios, si los tuvo, no vacilarán en reconocer que el soldado del pensamiento que ha encontrado tan prematuramente en la muerte eterno descanso fué uno de los que levantaron con mas pujanza las armas en la arena del parlamento i de la prensa i uno de los que dieron a Chile mas gloria, mas luz i mas prestijio en el mundo de las letras, de la ciencia i de la educacion.

Espíritu poderosamente dotado, robustecido por sérios estudios i acerado por vigorosa i múltiple actividad, Domingo Arteaga Alemparte logró completar temprano su personalidad intelectual, adquiriendo método i constancia admirables para el trabajo i elegencia, claridad i amplitud sin igual en la forma de la composicion hablada o escrita. Sus obras en el periodismo, en el Congreso, en la oficina ministerial o bancaria, en la Universidad i en las publicaciones de bellas letras brillaron, durante treinta años, por la íntima e inalterable armonía del fondo, el estilo i el lenguaje. En todas ellas el pensamiento nutrido, rico i dueño de sí mismo i del objeto, cautiva la atencion i el aplauso a favor de la luminosa i fuerte dialéctica i a las galas de una diccion fácil, armoniosa e irreprochablemente correcta.

En el desarrollo de esta intelijencia no hubo favor de los hombres i de las circunstancias. Los vientos de la desgracia política envolvieron a Domingo Arteaga Alemparte, le arrancaron del suelo de la patria i fueron a dejarle desorientado i

náufrago en una ciudad de la cierra peruana, en la edad en que la sávia de la tierra i de la atmósfera, del pasado i del presente, de las afecciones i de la naturaleza inanimada entra mas activa i fecunda al espíritu i al corazon. Los estudios i las impresiones del adolescente fueron bruscamente interrumpidos i trastornados; su alma comenzó a contemplar el mundo al traves de un velo de tristeza profunda i de esperiencia dolorosa.

Sin embargo, fué en esos años de la espatriacion, años opacos en Chile, años difíciles i amargos para los proscritos, cuando se ıevelaron las dotes que debian hacer de Domingo Arteaga Alemparte uno de los primeros hombres de su pais i abrirle tan ancho camino, si no en la esfera de los hombres oficiales, por lo ménos en la de la admiracion i el aprecio de sus contemporáneos.

Al volver a la patria, despues de ocho a nueve años de ausencia, el poeta i el escritor literario i político estaban en pleno desenvolvimiento poderoso. Los frutos del espíritu del interesante repatriado se ostentaban en toda su madurez.

Así se esplica cómo en 1865 i en 1866 el soplo de la tempestad guerrera que arrebataba a la nacion pudo arrancar del espíritu i la pluma de Domingo Arteaga Alemparte aquellos acentos sonoros i varoniles que Chile entero aplaudió como la espresion feliz i fiel de su jenerosa decision i de su noble entusiasmo de aquellos grandes dias. Para escribir como escribió entónces el autor del Manifiesto a los gobiernos estranjeros, para llegar a ser el alma de la cancillería chilena, como lo fué el jóven i sagaz subalterno del Ministerio de Relaciones Esteriores, se necesitaba haber llegado al servicio público en mui cabal posesion del carácter i de la intelijencia; en las oficinas no se aprende a ser lo que fué Domingo Arteaga Alemparte durante las complicaciones internacionales de 1865 i 1866.

Por lo demas, las impresiones i la labor inolvidables de esos años decidió del porvenir político de Arteaga Alemparte. Ellas lo hicieron pasar, en 1867, del Ministerio a los bancos de la oposicion en el Congreso; el autor del Manifiesto de 1866 no podia seguir entre los de la procesion reaccionaria, entre los del coro de la palinodia i de la satisfaccion épica por los triunfos morales. Levantóse, entónces, en la Cámara de Diputados, la palabra fácil i seductora, templada i vigorosa, diestra e inagotable en recursos que enmudeció mas tarde durante seis años, con daño del parlamentarismo chileno.

Domingo Arteaga Alemparte abrazó con estraordinaria decision la bandera de los *Clubs de la Reforma*, tentativa animosa de la juventud contra el caudillaje, que iba conduciendo rápidamente los partidos a la disolucion, esfuerzo jeneroso por levantar las doctrinas a la altura que les corresponde i por fundar sobre las bases del sistema representativo la organizacion de los bandos políticos. El triunfo de los reformistas en Talca, en 1870, abrió de nuevo a Arteaga Alemparte las puertas de la Cámara, i de nuevo los hombres del concienzudo, infatigable i formidable luchador sostuvieron el peso de la contienda terrible, tanto mas terrible cuanto devoraba, sin provecho inmediato para la causa del pais, el vigor i la vida de los mejores ciudadanos.

Los últimos diez años vieron a Domingo Arteaga Alemparte desplegando fuera del Congreso, léjos de la prensa i de la política activa, el vigor de su intelijencia i

la severa i fecunda laboriosidad que le distinguió siempre. En los consejos de los financistas, en los de la Universidad, al frente de instituciones benéficas o al cargo de un respetable i cariñoso hogar, la fuerza de su alma, el brillo de su espíritu al través de cultas i benévolas formas, su método i su prevision, su alta conciencia del deber no se desmintieron jamás. En toda situacion, en todo tiempo, su personalidad poderosa envió hasta mui léjos sus suaves i vivificantes rayos e hizo sentir a mucha distancia, en torno suyo, májicas i simpáticas vibraciones.

Al fin, en lo mejor de la jornada, en vísperas quizás de nuevas luchas i nuevas creaciones, la frájil envoltura cedió, i se apagó de repente, para los que viven del dia i para el dia, el espíritu que ha dejado, al través de los últimos treinta años, tan ancha e imperecedera huella. La accion del pensamiento devora; Domingo Arteaga Alemparte, muriendo a los 44 años, ha sido una de sus mas interesantes i nobles víctimas. El precio de su gloria ha sido su vida jóven todavía.

Doloroso i trájico destino que llena de estupor i pena el ánimo de un pueblo entero, pero que envuelve el cumplimiento de una lei de implacable i tremendo equilibrio, de una lei a que las organizaciones delicadas i finas no logran sustraerse!

DE «LA PATRIA»

La muerte tiene estrañas inoportunidades. Su inflexible guadaña tiene el don de elejir los mas robustos i vigorosos tallos, de deshojar las mas hermosas i galanas flores del pensil de la sociedad i de la vida; de herir los mas frondosos árboles i de reducir a la nada las mas bellas i fecundas plantas.

Hé aquí que hoi desaparece súbitamente ese hermoso atleta del talento, de la elocuencia, de la pluma i de la palabra; ese eterno luchador de la ciencia, ese incansable obrero de la intelijencia i de la idea, ese hombre esclavo de esas nobles pasiones que son la estrella polar de los mas distinguidos caractéres: la patria i la verdad, la abnegacion i el deber; ese hombre, en fin, que se llamó en la vida Domingo Arteaga Alemparte.

¡Ah! nos parece un sueño!

Nuestro oido escucha aun su palabra persuasiva i arrastradora en los *Clubs de la Reforma*, oimos aun sus tribunicios acentos en la Cámara, defendiendo las mas ilustres causas con el doble prestijio de su palabra i de su vida: le oimos aun revelando i encantando a su auditorio con las inagotables galas de su intelijencia; le divisamos aun obrero del trabajo, imprimiendo el sello de su ciencia i realizando mediante sábias combinaciones el bienestar i progreso de la asociacion que se habia confiado a su saber.

Literato consumado, político honrado, hábil financiero, patriota de elevacion i sentimientos, Domingo Arteaga sabia, sin embargo, eclipsar i hasta hacer palidecer estas brillantes cualidades por el brillo de sus virtudes domésticas i sociales.

Era allí, en ese templo modesto i silencioso, donde el ilustre muerto descollaba en toda su grandeza.

La madre, el padre, el hermano, eran, en la acepcion de la palabra, ídolos para el alma jenerosa de Domingo Arteaga, ídolos ante los que no rehusaba sacrificio alguno, ídolos ante los que depositaba gustoso las coronas que sus méritos alcanzaran en las áridas i dificultosas luchas de la vida.

Así, ¡qué vacío en esa familia! ¡qué dolor tan justo en ese hogar!

Ante ese espectáculo no se puede sino enmudecer i llorar.

Pero no solo.

Hai muchos que acompañan en este duelo.

Está allá, la patria, la sociedad, las letras, la prensa, la política, que pierden tanto — i es cuanto puede decirse — como la familia.

En esta numerosa e ilustre compañía enviamos al correr de la pluma, al muerto nuestro sincero adios i a los sobrevivientes el sincero testimonio de nuestro respeto i nuestro dolor.

J. J. Larrain Z.

EL «CONSTITUYENTE» DE COPIAPÓ

El telégrafo ha dádanos ayer la infausta nueva de que el señor don Domingo Arteaga Alemparte ha caido en Santiago al rudo golpe de tenaz dolencia.

Hé aquí una muerte que habrá producido en todos los hogares de la patria chilena dolorosa i profunda impresion.

I

El señor don Domingo Arteaga Alemparte, dotado de una poderosa intelijencia, de vasta ilustracion, de sano i levantado criterio, de honradez e independencia política perfectamente probadas, literato i orador parlamentario de mérito indisputable, formaba en primera fila en la no escasa pléyade de nuestros hombres de letras i de parlamento.

Es por esto que su prematura muerte es una desgracia justamente deplorable, no solo para su ilustre hogar, sino tambien para Chile, que pierde en horas difíciles a uno de sus mas intelijentes i abnegados servidores.

II

En el *Diccionario Biográfico Americano* encontramos diseñada en parte la fisonomía de nuestro ilustre muerto.

III

Por nuestra parte, aunque no tuvimos el honor de conocer personalmente al señor don Domingo Arteaga Alemparte, pero sí de cambiar con él cariñosa i fraternal correspondencia, podemos agregar con perfecto conocimiento de causa, que el sub-secretario de relaciones esteriores, cuando abandonó tan alto empleo en 1867, lo hizo obedeciendo a esa honradez e independencia política que dejamos recordada.

Por aquel entónces nuestro Chile, haciendo suya la ofensa inflijida a un pueblo ame-

ricano — hoi nuestro enemigo — entregó a los azares de una lucha superior a sus fuerzas, estabilidad, sangre, caudales.

I fué, en aquellos dias, cuando el señor Arteaga Alemparte, viendo dudar a nuestros conductores, dejó para enrostrarles libremente su cobardía, el puesto que, con intelijencia i contraccion superiores, habia desempeñado con jeneral aplauso.

Semejante abnegacion es i debe ser recordada lealmente en estos momentos en que, habiendo algunos que reprueban la conducta de los grandes conductores, lo hacen solapadamente sin tener el valor de la censura, pero sí el de recojer las monedas ganadas por la flexibilidad de su carácter i las felicitaciones inmerecidas de actos no realizados.

IV

Mas aun: don Domingo Arteaga Alemparte, en 1875, tuvo como político, la franqueza de repudiar la ya condenada alianza de las opiniones independientes con los elementos enfermizos de la administracion Errázuriz; i como tal, sufrió los desdenes olímpicos de los viejos poderosos, i los de los poderosos acomodaticios.

I maldito como muchos, no doblegó la cerviz i tuvo como algunos la enerjía de no aceptar candidatura de los mismos que, en hora cercana, le habian condenado a las jemonias de una altivez de tanto por año.

V

Así, pues, en Copiapó, la muerte del señor don Domingo Arteaga Alemparte importa en numerosa i agradecida corriente política, dolorosísima desgracia, no solo como ilustracion chilena, sino tambien como carácter político, como honradez, como independencia, como acentuacion — bien escasa hoi — de rectitud i moralidad.

Por otra parte, como copiapinos i que podemos decir con alta franqueza, que tenemos la memoria del corazon, el señor don Domingo Arteaga Alemparte, en hora para nosotros penosa, despidió con sentidas i leales palabras, de la opulenta Santiago, a los restos queridos de nuestro inolvidable Pedro Leon Gallo.

VI

Escúsenos el ilustre i acongojado hogar del que fué Domingo Arteaga Alemparte, las pobres palabras de nuestra condolencia.

Tómelas solo, en su dolor, como la espresion sincera de corazones agradecidos, como débil pero cariñosa ofrenda de correlijionarios políticos, que saben apreciar en todo su valor lo que ese hogar ha perdido, lo que ha perdido la patria chilena, lo que hemos perdido sus admiradores!

A. VILLEGAS JULIO.



«EL CAUPOLICAN» DE RENGO

El pais está de luto.

Un dolor público, una desgracia nacional que el tiempo, léjos de adormecer o amortiguar, reavivará cada dia mas i mas, ha venido a conmover, a principios de la semana que hoi espira, a todos aquellos que rinden al talento, a la ilustracion, a la ciencia, a la virtud el tributo que se debe a tan preclaras cualidades.

¡Domingo Arteaga Alemparte ya no existe!

¡Domingo Arteaga Alemparte! hé ahí un nombre que, si bien hoi se borra del libro de los vivos, no se borrará jamás del gran libro en que la patria inscribe el nombre de sus muertos ilustres para eterna recordacion de las edades!......

Bien meditado, morir como Domingo Arteaga muere, dejando, como Epaminondas, Leuctras i una Mantinea, sino cien Leuctras i cien Mantineas gloriosamente ganadas en el campo de las letras, de la oratoria, de la política, de la administracion, de las finanzas... ¡no es morir!

La muerte es la negacion de la existencia, i Domingo Arteaga existirá siempre en la memoria i en el corazon del pais por el recuerdo de sus obras i el amor de sus virtudes, dos monumentos mas duraderos que el bronce, mas dilatados que el espacio i tan imperecederos como la justicia de los pueblos!

I sin embargo, cuando se considera que esa existencia escepcional, agostada apénas a medio camino de la vida por las implacables exijencias del deber, habia llegado a esa madurez de juicio que lo abarca i lo acomete todo con éxito seguro, el dolor, por ese temprano desaparecimiento del escenario de la actividad humana, se hace cada vez mas intenso i con justicia sumerje al alma en sombría desesperacion

....

Domingo Arteaga Alemparte era natural de Concepcion, en donde vió la luz el año 35.

Hijo de una familia por mil títulos ilustre, pero escasa en bienes de fortuna, comprendió desde el primer momento que el estudio i el trabajo eran la carrera a que debia consagrar sus dotes sobresalientes.

Domingo Arteaga no vaciló: i desde mui jóven se le vió hacer del estudio un culto i del trabajo una relijion.

Por eso lo hemos visto caer como bueno al pié de la labor diaria, ora en el banco de congresal, ora en el duro sillon del establecimiento de crédito que rejentaba, ora en el Consejo de Instruccion, ora en su propio gabinete, adonde, como solaz i contrapeso de tan múltiples i abrumadoras tareas, iba todavía a pedir brillantes pájinas a su intelijencia poderosa, i arrebatadoras concepciones a su imajinacion oriental.

¡ Qué espíritu mas noble ! ¡ Qué alma mas privilejiada !

Domingo Arteaga es, sin disputa, el talento mas vasto i mas variado que se cuente hasta hoi dia.

En Chile, lo confesamos con orgullo, hai muchos hombres prominentes en todos los ramos del saber : quienes descuellan en la política, quienes sobresalen en la oratoria, quienes se distinguen en las letras, quienes campean con levantada reputacion como estadistas, historiadores, economistas, poetas, escritores.

Pues bien : Domingo Arteaga, por una riqueza asombrosa de facultades, sériamente cultivadas, era todo eso a un mismo tiempo : político, orador, literato, estadista, historiador, hacendista, poeta, escritor.

Ahí esán, para probarlo, sus *Retratos*, sus *Discursos Parlamentarios*, sus tres primeros tomos de *Los Historiadores Chilenos*, su *Historia sobre la administracion Perez*, su libro sobre el *Progreso*, sus *Poesías*, su periódico *La Semana*, su diario *La Libertad*, i mui principalmente el famoso *Manifiesto* que el gobierno de Chile espidió a las potencias americanas i europeas con motivo de la guerra con España en 1865. Ese Manifiesto ha sido no há mucho comentado por un célebre escritor frances i considerado como la obra mas acabada que haya jamás dado a luz cancillería alguna.



Empero, donde Domingo Arteaga es mas digno de admirar i conmover no es, por cierto, en el libro, en la tribuna, en la hoja diaria : donde Domingo Arteaga admira i conmueve hasta la última fibra, es en el hogar, de que él habia hecho un santuario para rendir dulce, tierna i cariñosa adoracion a todos los suyos, pero sobre todos los suyos, a ese sér de infinito precio i de inestinguible amor: a su MADRE.

¡ Ah ! cuántas veces no sentimos humedecida la mejilla por traidora lágrima al ver el hermoso cuadro que formaba el hijo afectuoso que, como saludo i despedida cuotidianos, iba reverente a estrechar entre sus brazos i a rozar con sus labios la frente de la que lo llevó en su seno !...

Nosotros, que tambien tenemos una madre a la cual hemos así mismo levantado en el alma un tabernáculo de amor, nosotros nos sentíamos humillados ante las sencillas manifestaciones, las santas caricias i la purísima fuente de ternura de ese hijo, ánjel custodio de su hogar, de quien podria decirse lo que Chateaubriand de Luis Felipe : «Amaba demasiado a su familia».

Talvez, en época no mui distante, nos será dado trazar con mano mas serena los mil rasgos salientes de la fisonomía del hombre cuya muerte ha puesto luto en el alma de toda una sociedad. Entónces pediremos a nuestros recuerdos i a nuestra pluma la acentuacion i el colorido que requiere el cuadro de tan hermosa como reputada existencia, i que por hoi nos niega nuestro reciente i sincero dolor.

P. NOLASCO DONOSO.

«EL FERROCARRIL»

El pais acaba de perder una distinguida intelijencia; — un hogar, por muchos títulos estimado i respetable, uno de sus mas queridos miembros.

El señor Domingo Arteaga Alemparte ha sucumbido casi repentinamente a media jornada de una vida de estudio i de labor infatigables. La tarea cumplida i el vigor de su intelijencia eran precursores de un porvenir mas hermoso i lisonjero todavía en grandes esperanzas.

La muerte le ha sorprendido en su mesa de trabajo, en el puesto del deber i fiel a la consigna de la honrosa lucha con tanto brillo sostenida desde la niñez.

Poeta, político, escritor, financista, académico, orador i, mas que todo, hombre de letras i de prensa, por una feliz combinacion de variadas aptitudes, ha podido recorrer en breves años las múltiples faces que la actividad social ofrece a las privilejiadas dotes del talento. En todas partes ha dejado impresa la huella luminosa e indeleble de fecunda i poderosa intelijencia.

Aunque arrebatado prematuramente al cariño de los suyos i a las esperanzas de su pais, su laboriosa actividad, anticipándose al rigor de su destino, habia realizado ya tarea bastante para ilustrar su nombre i hacer mas sensible todavía el recuerdo de su temprana pérdida.

Cualquiera que sea la apreciacion de sus delicadas i nobles inspiraciones como poeta, escritor, polemista, hombre de prensa o de parlamento, habrá siempre perfecto acuerdo para concederle un puesto de honor en nuestra historia literaria i política.

Hai tantas hermosas pájinas e inspiradas estrofas en su variado i rico bagaje literario, como notables destellos de elocuencia en sus arengas políticas i sal ática, fina, acerada, pero cortés, en sus estudios críticos i de costumbres.

Las cualidades personales del señor Arteaga no eran ménos distinguidas que las del pensador. Su forma siempre afable i urbana sabia encontrar el medio de suavizar hasta las asperezas de la controversia i captarse la estimacion del adversario.

El señor Arteaga Alemparte unia a las dotes literarias i políticas una predisposicion especial para la clara intelijencia de los negocios. Pudo dar espansion a sus gustos literarios, remontándose a las rejiones ideales de la imajinacion i del pensamiento, i penetrar con igual facilidad en los áridos cálculos del mundo financiero.

El anuncio de su muerte despertará en todos los corazones un sentido homenaje de simpatía a su memoria. Los sentimientos jenerosos se confunden siempre para tejer una corona al que sabe tan dignamente conquistarla en la afanosa lucha de la vida.

A MI MADRE AL PARTIR

A MI MADRE AL PARTIR

De la calma el contento
Sobre tu faz en vano, madre mia,
Esfuerzas sin aliento;
Llegó la hora sombría
Nuncio de duelo, fin de mi alegría.

Tiembla tu labio mudo,
Anúblanse tus ojos, palidece
Tu semblante, i un nudo
Tu garganta entorpece,
Que va a decir: adios! i desfallece.

¡Cuál resuena en el alma
Ese breve, tristísimo sonido!
Del océano en la calma
Pavoroso rujido
Con que preludia el huracan temido!

Ya en tropel proceloso
Los recuerdos se agolpan a la mente ;
I a su soplo impetuoso
Desátase inclemente
Dentro mi corazon borrasca ardiente.

La lumbre de tus ojos
No volverá a brillar como solia,
Cuando en nubes de enojos
La fortuna sombría
Mi fatigada frente oscurecia.

Ni tornará en mi oido
A resonar tu acento de dulzura,
Cuando vague perdido
En la opaca espesura
De afanoso pensar que me tortura.

Mañana al despertarme
Con sus rayos fantásticos la aurora,
Ai! no vendrá ya a darme
Tu voz que mi alma adora,
El matinal saludo, bienhechora.

Solitario i callado
Contemplaré del sol el curso ardiente,
Desde el monte nevado,
De dó se alza esplendente,
Hasta caer dormido en occidente.

I en pos vendrá la noche,
De misterio i vapores mensajera,
I en plateado coche
Recorrerá la esfera
La luna, de los tristes compañera,

I su fulgor dormido
Las cenizas aun tibias alumbrando
Del hogar bendecido,
Me encontrará callando
De mi dicha la ruina contemplando.

Todo parte contigo:
Las alegrías de hoi i los albores
De tanto ensueño amigo.
De recuerdos traidores
Los escombros me quedan i dolores.

¡ Pero tú, madre mia,
Tú no me olvidarás! Del pátrio suelo,
Que mi alma tanto ansía,
Mandarásme en tu anhelo
De una memoria el celestial consuelo!

Arequipa.—1857.

A LA MUERTE DEL JENERAL
JHON MOORE

A LA MUERTE
DEL JENERAL JOHN MOORE
(LORD BYRON)

I

No redobló el tambor de las batallas,
El canto funeral no alzó su acento
Miéntras que a toda prisa a las murallas
Llevábamos su cuerpo sin aliento;
Ni de marcial descarga el estampido
Lanzó su adios al héroe fenecido.

II

Con nuestras bayonetas le fué abierta,
En medio de la noche, tumba fria,
A los reflejos que la luna incierta
Por entre la neblina despedia
I a la luz macilenta i pavorosa
De la sorda linterna tenebrosa.

2

III

Su helado cuerpo la mortuoria caja
Inútil no encerró, ni le envolvimos
Entre los pliegues de áspera mortaja;
En su lecho de polvo le estendimos,
Cual guerrero que duerme descuidado
En su manto de guerra cobijado.

IV

Breve fué la oracion que pronunciamos,
I ni un acento de dolor siquiera
Brotó de nuestro labio; le miramos,
El semblante sin vida ya, i la fiera,
La horrible prevision del nuevo dia
En nuestra mente se elevó sombria.

V

Al disponer su angosto, último lecho
I nivelar su solitaria almohada,
Pensamos con tristeza i con despecho
Que de odioso enemigo la pisada
Iba a hollar presto sus cenizas solas
I a lanzarnos nosotros en las olas.

VI

De esa alma que a los cielos se ha encumbrado
Sin respeto hablarán ; su cuerpo yerto
A los ultrajes no será sagrado ;
¡ Feliz si acaso en el sepulcro abierto
Por el amor de patria, el sueño inerte
Dormir puede tranquilo de la muerte !

VII

Mas terminada la mitad apena
De nuestro afan estaba, cuando la hora
De la partida en nuestro oido suena,
I del cañon la voz breve i sonora
Del enemigo anuncia la presencia
I de súbito ataque la inminencia.

VIII

Mustios i presurosos, en la arena
El sangriento cadáver escondimos
Del héroe arrebatado a aquella escena ;
Ni una línea trazamos, no erijimos
Una fúnebre losa en su memoria ;
A solas le dejamos con su gloria !

Arequipa, diciembre 22 de 1857.

AREQUIPA VENCIDA

AREQUIPA VENCIDA

I

Las mudas sombras en tupido velo
Envolvian su faz ; mas no dormia
La altanera Arequipa. Cruel desvelo
El sueño de sus párpados desvia,
I el aguijon de fatigoso anhelo
Torna su frente pálida i sombría ;
Que há largo tiempo aguarda vijilante
Del combate feroz el crudo instante.

Siniestras nubes por los aires vagan
Enlutando el azul del firmamento ;
Misteriosos rüidos se propagan
Que mueren en las ráfagas del viento,
Fuegos fátuos destellan i se apagan,
Cual moribundo, entrecortado acento ;
Es de la noche el respirar medroso
En su intranquilo sueño pavoroso.

Cruza talvez las calles dilijente
Una patrulla en marcha compasada,
I el eco reproduce sordamente
El compas de su unísona pisada,
O interrumpe el silencio del ambiente,
De tiempo en tiempo la marcial tonada
Del contínuo alertar del centinela
Que taciturno en la trinchera vela.

Mas, ah! curba fugaz de luz i fuego
Un cohete en los aires ha descrito,
Un segundo le sigue i otro luego
I a los cielos se alza un ronco grito:
Es la tonante voz de un pueblo ciego
De entusiasmo i furor, que en el precito
Civil combate en remedar se ensaña
De Cain i de Abel la triste hazaña!

Habló el cañon en su voraz lenguaje
Al bélico concierto preludiando;
Obedientes rindiéronle homenaje
Los ecos de los montes despertando.
El humo ya despliega su ropaje
La congojosa confusion sembrando;
Ya solo se oye el mujidor torrente
Rodando entre sus ondas plomo ardiente.

Mensajera de amor i de alegría
En oriente sonrie ya la aurora,

I sus luces purísimas envía
A la altiva ciudad batalladora.
Mas el profundo ¡ai! de la agonía,
Hoi la saluda en vez de la canora
Voz de las aves, que el marcial ruido
Implacable ahuyentó del dulce nido.

Oh sol! ven con tu lumbre escandecente
A iluminar la férvida pelea,
I vibrando tus rayos inclimente,
Reaviva el fuego de la impía tea,
Infernal furia empuje al combatiente
I esterminio en tu disco solo lea:
Arda el aire sutil, el agua, el suelo
E inmensa hoguera elévese hasta el cielo.

Bien! Adelante! bravos fratricidas!
Cárdenas olas ajitarse miro,
Que lamen vuestros piés agradecidas,
I en su revuelto, fatigoso jiro
El caudal van rodando de mil vidas
Exhaladas sin llanto ni suspiro.
En sus reflejos sangre el sol derrama,
Sangre sácia la sed, el pecho inflama.

II

El sol los montes traspuso
I el ensañado combate

No decae, ni se abate;
Antes redobla su ardor.
Las tinieblas de la noche
Su rábia tornan mas ciega,
I con nuevo empeño siega
La candente hoz del cañon.

¿La bélica sinfonía
Calló talvez un momento?
Presto recobra su acento
Aterrador, infernal.
I en las elevadas torres
Las campanas pregoneras,
Sus endechas lastimeras
No cesan de murmurar.

La fiebre que te sustenta,
Arequipa, te devora
I se aproxima la hora
Que el dedo de Dios marcó.
Que cuando la fuerza lucha
I no combate la idea
En la revuelta pelea
El mas débil sucumbió.

El derecho solo es fuerte
Porque el derecho no muere,
I lo que el derecho quiere
Antes que él lo quiso Dios.

I tú tan solo tremolas
El estandarte de un nombre
I es perecedero el hombre
I el valor vence al valor.

Lívido i amoratado
Ha surcado tu semblante
Una lágrima quemante,
Voz de supremo dolor.
I esos rojizos destellos
Por el cañon despedidos,
Son los postreros latidos
De tu noble corazon.

III

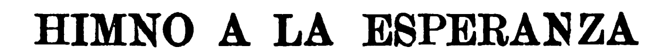
De bravos i leales noble cuna,
Fueron siempre, Arequipa, tus hogares;
Huido no han de allí los dioses lares
De la hidalga honradez;
Puras como las tintas de tus cielos
Osténtanse tus vírjenes donosas;
Las envidian las nieves i las rosas,
Cuando miran su tez.

Un tiempo desde la árida montaña,
De la pálida tarde a la postrera
Claridad, contemplé por vez primera
Tu contorno fugaz.

I al saludar tu techo hospilatario
I reposarme en tu tranquilo suelo,
Para tí fervoroso pedí al cielo
Bendiciones i paz.

I el cielo no escuchó mi ardiente voto.
—Adoraste un estéril heroismo,
Falso Dios, si no enfrena el patriotismo
Su afan devastador;
No quisiste leer en el futuro,
Que muestra en escritura refuljente
El dogma del demócrata creyente:
Libertad es amor.

1858



HIMNO A LA ESPERANZA

HIMNO A LA ESPERANZA

Espère, enfant! demain! Et puis demain encore!
Et puis toujours demain! croyons dans l'avenir.
(VICTOR HUGO)

Misteriosa vision de blancas alas
Que te ciernes tenaz sobre mi anhelo,
Inestinguible voz, voz de consuelo,
Augur del porvenir!
Esperanza! purísima centella
Desprendida del seno de Dios mismo
Para alumbrar el tenebroso abismo
Del humano vivir!

Tú eres para la flor amortiguada
Por los rayos del sol de árido estío,
La cristalina gota de rocío
Que anhela por beber;
Eres para la nave que en la calma
Perezosa se mece i se fatiga,
El soplo con que viene el aura amiga
Sus linos a estender.

De la mujer que en nuestros sueños vive
Eres el tibio, perfumado aliento,
De sus blandas querellas el acento,
Sus palabras de amor,
I su esbelta silueta vaporosa
Que se diseña májica a lo léjos,
A los postreros pálidos reflejos
Del espirante sol.

Eres el cielo de la cara patria,
De sus pintadas aves el arrullo,
De sus brisas fugaces el murmullo
En bosques de azahar;
Eres el campo, el rio, la montaña
Que en vano busca el pobre desterrado,
Cuando cavila mústio i fatigado
A la orilla del mar.

I para el pueblo que aherrojado jime
De chacales i cuervos presa inerme,
I en su ignominia mísero se duerme,
I olvida su alta prez;
Eres el sol de la justicia eterna,
El sol de libertad, el sol de vida,
Que irradia sobre su alma entumecida
Los rayos de la fé!

Eres el grito de entusiasmo airado
Que alzará entónces con tremendo acento,

Cuando abisme en el polvo sin aliento
Al vicio i la maldad!
I el cántico grandioso que a los cielos
Elevarán mil voces a porfia,
Saludando la luz del nuevo dia,
La luz de la verdad!

Benigna lumbre que incesante brillas
En el hogar de la creencia humana,
Inagotable fuente de do mana
La vida i el calor,
Esperanza, almo sol que fecundizas
La virtud, la verdad i la belleza,
Sosten mi fé, que a oscurecer empieza
La nube del dolor!

¡Mi vacilante espíritu reanima
Hoi que la iniquidad siega laureles,
I con rabioso afan a sus lebreles
Azuza contra el bien!
Mi débil voz alienta, porque pueda
Gritar a los leales i a los buenos,
De la duda perdidos en los senos:
Esperad i creed!

1858

AYER I HOI

AYER I HOI

EN LA MUERTE DE UNA NIÑA

Quizá ayer cuando las flores
Mirabas de tu ventana,
Pensaste que sus colores,
Su perfume i sus primores
No vivirian mañana;

Mas no pensaste, confiada!
Que eras tú una flor tambien,
I que a la nueva alborada
No latiria tu sien,
Ni arderia tu mirada.

Tocadla!—tan solo acaso
Duerme un sueño pasajero,
I ese ánjel es el lucero,
Que desparece en su ocaso
I a lucir vuelve altanero.

Ai ! nó ! —Cual humo sutíl
Que el ardido aroma exhala,
Fuese la niña jentíl!
—Ayer tanta risa i gala,
Hoi blanco, helado marfil !

Un dia lleva a otro dia
Hojas secas, cuerpos yertos,
I al tocar a su agonía,
El de ayer al de hoi se fía
Para que entierre sus muertos.

I en el calvario, que sella
Las puertas de la existencia,
Desparece toda huella,
Apágase toda estrella,
Extínguese toda ciencia.

En taciturna tristeza
Se envuelve así el pensamiento,
Cuando mide con certeza
Lo que dura la belleza,
Lo que vive el sentimiento.

Cual ténue idea que en vano
Pide a la lengua espresion;
Como en el aire liviano
El hálito del verano
Disipa alegre cancion.

Así perece la infancia
I la blanca juventud,
Del patricio la arrogancia,
Del patriota la constancia,
I la voz de la virtud.

Así se van los amores,
Así se van las caricias,
De la pasion los ardores,
I sus fugaces delicias,
I sus cálidos dolores.

Mas ese raudo turbion
Que abisma en un cementerio
Toda forma i toda accion,
No arrastra todo el misterio
Del hombre i de su mision.

Alma cobarde, que estrellas
En la materia tu vuelo
I solo hallas en el suelo
De tu camino las huellas,
La causa de tu desvelo,

Aspira mas pura esencia,
Alienta ambicion mas noble:
I cernerse en la eminencia
Verás una luz inmoble,
Blanca, eterna: — Es la conciencia!

1859.

EL HOMBRE PROPONE

I DIOS DISPONE

EL HOMBRE PROPONE I DIOS DISPONE

(ROMANCE)

I

Tras larga, enojosa calma
Apiadóse al fin la brisa
I al paciente marinero
Volvióle la faz propicia.

A su soplo cariñoso
La turjente lona se hincha,
Desperézase la nave,
I el mar en ondas se riza.

Polvo de perlas levanta
En su carrera la quilla,
I va dejando a su espalda
De luz i plata una cinta.

Los cielos de azul vestidos,
De azul el oceáno pintan,

I solo miran los ojos
Celeste monotonía.

I en vano del horizonte
Los contornos escudriñan,
Que ni aun viene a consolarlos
Embustera nubecilla.

I ya la vista se cansa,
I el ánimo se fatiga,
I el perezoso fastidio
Poco a poco nos conquista.

No quiere la voluntad,
La esperanza no respira,
El pensamiento reposa,
Bosteza la fantasía :

Grato intermedio sin goces
Entre el no ser i la vida,
En que la indolente calma
Placer i pena aniquila.

II

Del barco en el ancha popa
Pensativo está un mancebo,
Miéntras juguetea el aura
Con sus rizados cabellos:

Varonil es su figura,
Vivo su rostro i abierto;
I espresiva la mirada
Que anima sus ojos negros;

Graciosa curva modela
Su frente, dó sin esfuerzo;
Como en plácida laguna,
Se refleja el pensamiento.

Sobre sus delgados labios
Vagar parece un momento
Una tímida sonrisa,
Cual ave que ensaya el vuelo;

I mal pueden sus vestidos
Esconder el movimiento
Que los latidos reaviva
I acelera dentro el pecho.

—Qué voz despierta su espíritu?
Es la voz de fiel recuerdo,
O de amables esperanzas
Los armoniosos acentos?

O acaso el uno i las otras
Reunen sus blandos ecos,
I en fantástico desórden
Divagan por su cerebro?

—Léjos de su hermosa patria,
Del campo paterno léjos,
Piensa en él, en ella piensa
Con amoroso desvelo;

I dibuja en su memoria
Con el lápiz del deseo,
Los paisajes de otros dias
Que mirar cree de nuevo.

—Al pié de verde colina,
Allá, del valle al estremo,
De una casita risueña
Distingue el cándido aspecto;

Un círculo en torno trazan
Los álamos corpulentos,
I un arroyo entre las flores
Eses forma con su sesgo.

El sol fatigado espira
Falto de luz i de fuego,
I una cinta de celajes
Pone límite a los cielos.

—La grave melancolía
Semeja diáfano velo
Sobre la faz de la niña
Que allí divisa el mancebo.

Es una rosada vírjen,
De la aurora, fiel remedo,
El sueño de sus vijilias,
El buen ánjel de sus sueños;

La graciosa compañera
De su infancia, a quien bien presto
Podrála llamar su esposa
I estrechar contra su pecho.

Ella tambien, le parece
Que medita en el secreto
Del alma, i que su semblante
La refleccion vuelve sério:

Piensa en él, sin duda, i cuenta
De la ausencia los momentos,
Con afan infatigable,
Con impaciente desvelo.

I una lágrima, un suspiro
Que ajita su blanco seno......

III

Súbito, horrendo estallido
La atmósfera conturbó,
De humo denso i rojas llamas
Desprendióse un pabellon,

I subió hasta las alturas
Solemne, angustiosa voz,
Breve lamento infinito,
Ronco ¡ai! de la afliccion,
Súplica, grito o blasfemia:
Misericordia, Señor!!!

. . . .

1859

LUZ I CALOR

LUZ I CALOR

Empieza el alba a despuntar medrosa,
Tiñendo de arreboles el oriente;
La oscuridad se aparta silenciosa,
La atfósmera se vuelve trasparente;
Color i forma imprime en toda cosa
La luz que se propaga en el ambiente,
I desgarrando de una nube el velo,
El sol irradia en el confin del cielo.

Fiel imájen del hombre i de su vida
Son esa aurora tímida i rosada,
De las sombras nocturnas desprendida,
En los rayos del dia disipada;
I ese sol que a la tierra entumecida
Lanza fecunda, cálida mirada:
Albores de la infancia son aquéllos,
Estos de ardiente juventud destellos.

Las perlas de rocío se disuelven;
Se evapora la diáfana neblina;

Luz i calor el universo envuelven,
Todo despierta, ajítase i camina.
No de otra suerte en fuego se resuelven,
En almo fuego i lumbre peregrina;
De la niñez los cándidos vapores
Sus celajes de májicos primores.

Sol radioso ilumina la existencia;
La humana juventud brilla naciente,
Inunda en clara luz la intelijencia
En grato ardor el corazon latiente;
Luz i calor derrama en la conciencia,
Fuego de aspiracion dentro la mente,
I baña en sus ardientes resplandores
La virtud, la verdad i los amores.

Mil voces pueblan las etéreas salas,
Visiones mil divagan por el cielo,
Leves batiendo sus doradas alas;
Flotan al viento en incesante vuelo
Pendones mil i deslumbrantes galas.
De juventud el poderoso anhelo
Voz a la vida presta i harmonía,
Luz i calor a nuestro humano dia.

El aliento de férvido heroismo,
De la virtud austera los rigores,
La enerjía del santo patriotismo,
Del amor las promesas i las flores,

De la ambicion el ciego fanatismo,
Los cebos del deleite seductores
De la niñez sacuden la indolencia
Luz i calor vertiendo en la conciencia.

¡Pero esa luz se apagará a la tarde,
Ese calor se extinguirá, Dios mio,
I, en cenizas el fuego que hora arde
Será mi sér crepúsculo sombrío!
Haz que ese instante desgraciado tarde
I mi espíritu pueda en su alto brío,
Alumbrar con tu luz el pensamiento,
Bañar en tu calor el sentimiento!

1859.

UN CANTO DEL CREPÚSCULO

UN CANTO DEL CREPUSCULO
(VICTOR HUGO)

—

I

Sus luces el alba enciende,
Huyen las densas tinieblas,
I los sueños i las nieblas
En pos de la noche van;
Perezosos se entreabren
Los párpados i las rosas;
Del despertar de las cosas
El ruido elévase ya.

El humo, el oculto nido,
Los albergues, la verdura,
Todo habla, canta i murmura
A un mismo tiempo, a una voz:
Habla a las fuentes el agua,
A las encinas el viento;
Transfórmase todo aliento
En voz de la creacion.

Su alma recupera todo:
La infancia sus simples juegos,
El hogar sus rojos fuegos,
Sus sonidos el laud.
Cada cual, del ancho mundo
En el haz, con loco empeño,
Vuelve a perseguir su sueño
Del nuevo dia a la luz.

Con el amor o la idea
En tenaz lucha secreta,
Hácia una suprema meta
En su vuelo todo vá;
El esquife busca un muelle,
La abeja busca un alveólo,
Busca la brújula un polo,
¡I yo busco la verdad!

II

¡Verdad profunda! granito
Que dentro los mares brilla,
I el ancla de mi barquilla
En todo fondo encontró!
¡Firme cielo i pavimento
De las sombras de esta tierra,
Dó de visiones se encierra
Vaga, innúmera lejion!

¡Verdad! rio inagotable
Que con su frescura halaga!
Fuente que la sed apaga!
Tallo parà toda flor!
Claridad que de las cosas
En el alma se refleja!
Lámpara que brillar deja
Junto a toda causa Dios!

¡Arbol de dura corteza,
Ancha, majestuosa encina
Que el hombre troncha o inclina
Segun su fuerza i poder;
De que nace amiga sombra;
A que el mortal se encarama,
Este sobre débil rama,
Sobre el fuerte tronco aquél!

¡Monte de que mana todo!
Sima que todo lo absorbe!
Sublime centella al orbe
Lanzada por Jehová!
Ojo tranquilo, en la frente
Abierto del Sér Supremo,
Que ciego no vé el blasfemo,
I alumbra a la humanidad!

III

¡Oh universo! oh maravillas,
Fuente de fulgor i ruido,

De que se llena el oido,
Con que se ofusca el mirar!
Playas en que la onda espira,
Bosques, de la aura medrosos,
Vagos pliegues misteriosos
Del horizonte fugaz!

¡Azul que encubre el abismo
Del océano violento,
Cuando, al capricho del viento,
Dejando mi esquife ir,
Me inclino sobre las olas,
I escucho así con el alma
El que entona el mar en calma,
Epitalamio sin fin!

¡Fresco azul de un cielo puro
Que está al mundo sonriendo,
Cuando ávido oir pretendo
Del espíritu la voz,
I busco, ¡oh naturaleza!
La palabra vaga, oscura
Que el raudo viento murmura,
Que escribe el astro veloz!

¡Oh campiñas! ¡oh follajes!
De la aldea campanario
Santo, humilde i solitario!
Universo fraternal!

Monte que al águila oculta!
Alba en que nace la brisa,
Del astro eterno sonrisa
Leve efímera fugaz!

No sois sino un libro inmenso,
Sin medio, sin fin, ni nombre
En que a leer aspira.el hombre
De su existencia la voz!
¡Frase que en vano sondamos!
En su sentido profundo
La vista descubre un mundo,
El alma contempla un Dios!

¡Bello libro que terminan
Los injénuos corazones;
En donde ignotas lecciones
Sueña el pensador hallar;
En cuyo márjen, aquellos
Que de Dios han recibido
Ancha frente: — «Hemos vivido»
Escriben al espirar!

¡Libro santo en que la nave
Con su vagabunda huella,
Libro santo en que la estrella
Con su radiante fulgor,

Un nombre tan solo traza
En su incomprensible vuelo,
Sobre la tierra i el cielo
Un solo nombre—el de Dios!

SONETO

SONETO

A UN AMIGO QUE DESESPERABA DE LA SUERTE DE AMÉRICA

El roble secular no mires, cuando
Huérfano de su pompa i su follaje,
En sus desnudas ramas el ultraje
Del rayo i del turbion está mostrando.

Míralo en primavera, cobijando
En su frondoso bienhechor ramaje
Mil aves de fantástico plumaje,
Mil gayas flores de perfume blando.

Ni mires a la América en el crudo
Momento de la prueba i las congojas,
Cuándo se ostenta el árbol de su vida

De sus antiguas hojas ya desnudo
I sin vestirse aun de nuevas hojas.
Aguarda, aguarda la estacion florida!

1862

ODA AL AMOR

ODA AL AMOR

Te, dea, te fugiunt venti, te nubila cœli,
Adventumque tuum; tibi suaves dœdala tellus
Summittit flores; tibi rident æquora ponti,
Placatumque nitet diffuso lumine cœlum.
Lucrecio, libro I.

Inque brevi spatio mutantur sœcla animantum,
Et, quasi cursores, vitai lampada tradunt.
El mismo, libro II.

¡Oh, Amor! tú que gobiernas
El sentimiento humano,
Que ensalzas o prosternas
Con invencible mano
El inmortal espíritu
Que anima nuestro sér!
Deidad cuyos santuarios
Tiernas ofrendas llenan,
I nunca solitarios,
Con ecos mil resuenan
De jubilosos cánticos
Que aclaman tu poder!

Jamás tu santo nombre
Juró mi labio en vano,
Ni de tu lei, al hombre
Impenetrable arcano,
Mofé en impía sátira
O en chiste baladí:
Tu alto misterio adoro,
Tu omnipotencia siento,
I hoi que a mi musa imploro
Nuevo favor i aliento,
A tí, de mi fiel cítara
El primer canto, a tí!

Al rei de la colina
I a la del prado diosa,
A la orgullosa encina
I a la purpúrea rosa,
La luz del sol vivífica
Dió próvido el Señor;
I a el alma humana, jérmen
De simpatía i ciencia,
En cuyo seno duermen
Verdad, bien i creencia,
Le dió tu luz purísima,
Tu luz fecunda, Amor!

¡Ai de la pobre planta
Que el sol nunca ha mirado,
I pálida levanta

En medio del nublado
Su estéril rama, huérfana
De aromas i de flor!
¡Ai del mortal que un rayo
De amor jamás ha herido,
I en lánguido desmayo
Su corazon sumido,
Se ajita en una atmósfera
Sin luz i sin calor!

¡Oh cuán de otra manera
Si, Amor, tu lumbre viertes
Del alma en la alta esfera,
I fúljido conviertes
La infancia i su crepúsculo
En alba i juventud!
El silencioso velo
Se ve caer, las nieblas
Disípanse, i el cielo
De mil celajes pueblas,
Rosados, blancos, diáfanos,
De casta beatitud.

Al recibir tu aliento
Del hombre la conciencia
Despierta al sentimiento,
I efluvios de alma esencia
En espansion magnífica
Exhala el corazon:

A tu calor respira
Perfume la ternura,
Inspiracion la lira,
Fulgores la hermosura,
La ciencia fé i espíritu,
El arte creacion.

Tú irrádias, i en el mundo
Del alma es primavera:
El jerminar fecundo
Bullir se oye do quiera,
Gloriosas metamórfosis
Contémplanse do quier:
La voz, la risa en notas
Transfórmanse i en canto,
En tembladoras gotas
De albo rocío el llanto,
En mariposa nítida
La oruga del placer.

Tu luz a nuestra mente
Esplica todo arcano:
El idioma rujiente
Del túmido oceáno,
Los himnos del empíreo
De bendicion i paz.
Del viento los jemidos,
La queja de las brisas,
La lengua de los nidos,

Del bosque las sonrisas,
Las codiciadas lágrimas
De la aurora fugaz.

Deidad augusta i pura,
Antorcha de la vida
Que con mortal presura
Trasmite a la partida,
A sus hermanos pósteros
Cada jeneracion!
En vano a tu ara insulto
Arroja el sensualismo
En su grosero culto,
O estéril ascetismo
A tu poder sin límites,
Disputa el corazon.

¡Tú no eres, nó, la suave
Voz de sirena odiosa,
El banco en que la nave
Encalla impetuösa,
La pérfida luciérnaga
Que engaña al viajador!
¡Tú eres la voz que un dia
Sáulo oye en su camino,
La estrella que nos guia
Con resplandor divino
A las celestes márjenes
Do reina el Creador!

Marzo de 1863.

SAN MARTIN

SAN MARTIN

I

En la enramada umbría
Dó anida la paloma,
Dudosa todavía
Apena el alba asoma
Rasgando del crepúsculo
El fúnebre cendal;
I ya en la andina cumbre
El ofuscante disco
Del sol vertió su lumbre,
Dorando el alto risco
Dó asienta sus alcázares
El águila real.

II

¡Oh San Martin! tú fuiste
Esa águila altanera,
Tú de la cima viste

La irradiacion primera
Del luminar incógnito
Que a Chile iba a alumbrar,
  Cuando la patria rotas
Miraba sus lejiones,
En pálidas derrotas
Diezmados sus campeones,
Hermosa Niobe exánime
Sus hijos inmolar.

III

  Al resplandor fecundo
De aquella luz naciente,
La redencion de un mundo
Vió jerminar tu mente,
I en tu severo espíritu
Una sonrisa abrió;
  Es que a tu larga espera
Llegaba fin: la gloria
Bajando de la esfera,
De Dios i la victoria,
Las imperiosas órdenes
Al oido te dió.

IV

  Oístelas, i al cielo
Tendiendo inmensas alas,

En impetuoso vuelo
La nívea mole escalas
Guarida del relámpago,
Del rayo torreon;
  I como alud injente,
Lanzado de sus crestas
De la enemiga jente
Arrollas las enhiestas
Barreras i su ejército
En pávido turbion.

V

  Tras fujitivo escampo,
De nuevo la batalla
En deslumbrante lampo
De ardiente plomo estalla,
En angustioso estrépito,
En ronco clamorear;
  I el leon, de nuevo herido,
En fuga pavorosa
Exhala hondo jemido,
Al par que sonorosa
Diana de triunfo i júbilo
Tu campo oye tocar.

VI

  Al humo del combate
Sucede paz i aurora,

Al fulminar que abate
Rayo que espigas dora,
Los himnos de las vírjenes
Al eco del cañon;
¡I en medio del asombro
De un pueblo alborozado,
Sobre el humeante escombro
De oprobio derribado,
Te vé la tierra atónita
Alzar una nacion!

VII

Una nacion no alcanza
A contentar tu anhelo:
Magnífica esperanza
Te empuja a nuevo cielo,
I en alas del océano
Te lanzas al Perú.
La ensangrentada herencia
Del Inca, ya el hispano,
Turbado a tu presencia,
Resigna... ¡i el peruano
Brillar contempla súbito
El gran sol de Maipú!

VIII

Arcánjel del destino,
Moises de dos naciones,

Providencial camino
Mostraste a tus lejiones
Para llegar al plácido
País de promision,
Dó el hombre es ciudadano,
El trabajar nobleza,
La lei el soberano,
Derecho fortaleza,
I el progresar sin límites
Perenne creacion.

IX

Mas solo de la altura
La tierra prometida,
Sus fuentes de frescura,
Su eterna edad florida,
Sus perfumados cármenes
Quisiste divisar.
I al dar adios postrero
Al teatro de tu gloria,
De tu pasado entero
Al recordar la historia,
Muda, candente lágrima
Tu faz vino a surcar.

X

La mentirosa calma
De alto designio oculto,

De su triunfar la palma,
De dos pueblos el culto,
De una ambicion de púrpura
Talvez breve arrebol
  Recordaste, i las ruinas
De tu violento paso,
Del odio las espinas
Punzándote en ocaso,
Tus faltas?...... Sí, tuvístelas
Cual manchas tiene el sol.

XI

  El ánjel que fiel vela
Junto al deber cumplido,
Que calma i que consuela
Al héroe entristecido,
Su misterioso bálsamo
Entónces te ofreció;
  I confortado el pecho,
La conciencia serena,
Desde modesto techo
Sin susto cruel ni pena
Tu grande, augusto espíritu
Al cielo se encumbró.

1863.

LO QUE NO SE LLEVA EL TIEMPO

LO QUE NO SE LLEVA EL TIEMPO

EN EL CUMPLEAÑOS DE UNA SEÑORA DE NOBILÍSIMO ESPÍRITU

¡Feliz quien como vos puede, señora,
Al tiempo desafiar,
Ver su muda carrera destructora
Sin susto ni pesar!

¡Cuán pocos coronada en siemprevivas
Llevar logran la sien,
De las olas del tiempo fujitivas
Resistir al vaiven!

Las horas a las horas se atropellan
En incesante afan;
Cuanto hai hermoso con su planta huellan;
Sembrando ruinas van.

La virjinal mejilla que a la aurora
Envidia daba ayer,
Mústios, descoloridos muestra ahora
Su lirio i rosicler.

Las voces de fecunda primavera,
Su harmonioso reir,
El invierno ha apagado donde quiera:
Nada se oye bullir.

El purpúreo celaje que há un instante
Tiñó el sol al caer,
En la bóveda azul pálido, errante
Deja la luna ver.

Del corazon celaje, la esperanza
Apénas si brilló,
I el desengaño o posesion que alcanza,
Sus luces ya eclipsó;

Precipitados májicos latidos
De ufana juventud,
Vibrantes en el pecho cual sonidos
De inspirado laud;

Dulcísimas promesas perfumadas
De ternura i pasion,
Confianza alegre, púdicas miradas,
Lágrimas de espansion;

Mundos de luz, eternas primaveras
De la florida edad,
Océanos sin nubes ni riberas,
De azul felicidad;

Encantados palacios, réjias salas
Do habita la ilusion,
Del entusiasmo palpitantes alas,
Pompas de la ambicio.

Rubias quimeras, blancos deveu.
Tantos bienes de ayer,
Hoi son hojas de otoño, son trofeos
Del tiempo i del no sér.

I ¿todo muere así? todo gravita
A la sima voraz?
Todo cae, se apaga, se marchita
Tras esplendor fugaz?

Ah nó! que puso Dios en la natura
Perenne creacion,
I en el humano sér una alma pura,
Un tierno corazon:

Un alma cual la vuestra, aéreo n
De alada multitud,
De pensamiento i emocion hench
De injenio i juventu

Un alma cual la vuestra,
De inmortal vibra
En cuyas cuerdas mil siempre
Melódica cancion,

Que pulsan en magnífica harmonía
Belleza, bien, verdad,
Caridad, honor, patria, poesía,
Dios i la humanidad;

Un alma cual la vuestra, eterna aurora
Que ilumina el candor,
Do el ave canta, i el rocío llora,
I sonrie la flor.

Por eso llevais vos en siemprevivas
Coronada la sien,
De las olas del tiempo fujitivas
Resistís al vaiven.

¡Feliz quien como vos puede, señora,
Al tiempo desafiar,
Ver su muda carrera destructora
Sin susto ni pesar!

Julio de 1863.

A MI AMIGO

ADOLFO VALDERRAMA

A MI AMIGO ADOLFO VALDERRAMA

(EN LA PRIMERA PÁJINA DE UN LIBRO)

(INÉDITO)

I

Si no fuera tu amigo, caro Adolfo,
Te llamara poeta,
A tí que tocar sabes de las almas
La cuerda mas secreta.

Si no fuera tu amigo, caro Adolfo,
Médico te llamara,
A tí que al dolor sabes arrancarle
Su presa cara a cara.

Mas, si al poeta entusiasmado aplaudo,
Si al médico bendigo,
Al médico, al poeta un solo nombre
Quiero dar: el de amigo.

II

Cuando imperioso, irresistible mandas
Al llanto o a las risas,
I las risas i el llanto a tu mandato
Obedecen sumisas,

I pródigo repartes en tus versos
Emocion al hastío,
Bálsamo perfumado a la desgracia,
A la dicha rocío;

Cuando a tu antojo al corazon infundes
Azul melancolía,
O las olas ajitas tumultuosas
Del mar de la alegría,

I así tocar consigues de las almas
La cuerda mas secreta,
Si no fuera tu amigo, caro Adolfo,
Te llamara poeta.

III

Cuando a la luz de claro entendimiento
I bienhechora ciencia,
La fugaz huella en nuestro cuerpo sigues
De pérfida dolencia,

I sus revueltos jiros descubriendo,
Burlando sus ardides,
La acosas en sus últimas guaridas
I con ella te mides,

Te mides en tenaz, dudosa lucha,
Paladin de la vida,
Tú ¡salud! ella ¡muerte! apellidando
Hasta caer vencida,

I así al dolor consigues arrancarle
Su presa cara a cara,
Si no fuera tu amigo, caro Adolfo,
Médico te llamara.

IV

Mas si al poeta entusiasmado aplaudo,
Si al médico bendigo,
Al médico, al poeta un solo nombre
Quiero dar: el de amigo.

Hermoso, dulce nombre en que resumo
Mi ardiente simpatía,
Por el noble carácter que embellecen
La ciencia i la poesía.

1863.

RESPUESTA A MI AMIGO

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

RESPUESTA

(A MI AMIGO DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE)

(IMPROVISACION)

Arpa sonora que amorosa jimes,
Cándida voz de la inocencia pura,
Céfiro blando que las ondas meces,
Dadme un suspiro.

Voz que del alma de mi amigo parte,
Voz que me parte de alegria el alma,
Vago suspiro de la errante brisa
Suena en mi pecho.

Suena, i las perlas que inspirada brota,
Fúljidas gotas de inmortal rocio,
Como una lluvia de consuelo eterno
Lléganme al alma.

Cándidas, tiernas, inspiradas notas,
Lánguidos ayes de mi amigo caro,
Tímida tiembla avergonzada el aura
Cuando os escucha.

Arpa sonora que amorosa jimes,
Cándida voz de la inocencia pura,
Céfiro blando que las ondas meces,
Ya no os invoco.

Voz inspirada de mi noble amigo,
Rota en las fibras de mi alma ardiente,
Vuela empapada en mi amistad sencilla,
Vuelve a tu oríjen.

Ya que no tengo tu divino idioma,
Vuela hasta el alma que te dió existencia,
Díle que nunca de esparcir diamantes
Tuve la májia.

A. Valderrama.

1863.

A LUISA

A LUISA

(EN UNA COLECCION DE POESÍAS DE VARIOS AUTORES)

I

Luisa, los versos que este libro encierra,
Cual tu bella existencia, flores son:
Flores que brota una fecunda tierra,
La tierra del humano corazon.

¡Cuántas bañadas al nacer se vieron
En el dulce rocío del amor!
Pero ¡cuántas tambien solo crecieron
Regadas por el llanto del dolor!

De tu vida las hojas delicadas
Nunca venga ese llanto a humedecer:
Si lloras, solo llores perfumadas
Lágrimas de ternura i de placer;

Lágrimas que no quemen tu mejilla,
Que amiga brisa seque al resbalar,
Tras de las cuales, como el íris brilla,
De la risa la luz pueda irradiar.

II

Luisa, lleno de ritmo i poesía
Como estas hojas, corre tu existir:
Cada hora una estrofa, cada dia
Una blanda cancion dejas oir.

El músico bullir de la alborada
Sus himnos de alegría i beatitud,
Los trinos de la púdica enramada,
Rítmicos versos son de tu laud.

De la aurora festiva la sonrisa,
Su tibia luz, su plácida emocion,
Su purpúreo arrebol, su fresca brisa,
De tu bella alma poesía son.

Ah! Luisa, tú no sabes todavía,
I ojalá nunca llegues a saber,
Que el dolor para el hombre es largo dia,
Breve aurora la dicha i el placer.

Dicha i aurora ofrezcan siempre tema
A tu tierno cantar ámbas a dos:
Sea tu vida el mas feliz poema
Del gran poeta de los orbes: Dios.

1864.

LOS ANDES DEL JENIO

LOS ANDES DEL JENIO

Il y a des hommes océans en effet
Victor Hugo.—W. Shakespeare.

I

Sublime cordillera, injente mole
De salvaje belleza,
Tu multiforme majestad admiro,
Tu elegante grandeza;

De tus curvas ya tímidas, ya osadas,
El dédalo infinito,
Tus inmobles océanos de nieve,
De mármol i granito,

I tus altivas crestas coronadas
De llamas i de hielo,
Que miran a sus piés nacer el rayo,
Que suben hasta el cielo,

I los risueños valles que cobijas
En tu abrigada falda,

Do eterna primavera pinta rosas
En cuadros de esmeralda.

Mas hai otra sublime cordillera
De mas grandioso jiro,
Mas altiva, mas bella i majestuosa,
Que a un tiempo amo i admiro:

Son del jénio del hombre las supremas
Inmortales alturas,
Vertijinosos picos que escalaron
Excelsas criaturas.

Moises, Confucio, Sócrates, Homero,
Shakespeare, Cervantes,
Dante, Perícles, Ésquilo, Lucrecio.....
Eminencias jigantes!

¡Cimas que a los mortales no fué dado
Traspasar en su vuelo!
¡Del espíritu humano via láctea
Que eclipsa la del cielo!

II

Magnífico Andes, pompa i esplendores
Derraman sobre un mundo
Tus torrentes sin número, tus valles
De regazo fecundo.

Al par de tí cruzando aquellos hombres
El mundo de la historia,
Sobre la humanidad pródigos vierten
Virtud, belleza i gloria.

Como tú, eterna i colosal su fama,
Inmutable presencia
Siglos correr, pasar jeneraciones
De anónima existencia,

I la azul lontananza del pasado
Como a tí la embellece,
I a la atónita vista del futuro
Mas cándida la ofrece.

Cuando la humilde vega aun duerme envuelta
En opaca vislumbre,
Del sol naciente los primeros rayos
Ya brillan en tu cumbre.

Así, miéntras la grei del ciego vulgo
Aun dormia indolente,
Ya ellos sentian el fulgor primero
De la verdad naciente.

Mas no siempre te miro, Andes augusto,
En luz del sol bañado,
Que tu frente talvez torna sombria
Ominoso nublado.

La nube del dolor tambien sobre ellos
        Siniestras sombras hizo,
I sus flancos hirió del infortunio
        El rayo i el granizo.

A contrastar tu eternidad soberbia,
        Andes americano,
Se alza otra cordillera,—los eternos
        Andes del jénio humano.

Las coronas de fuego que tus conos
        Ostentan en sus cimas,
No son mas, nó, que las desotros Andes,
        En fulgores opimas.

I si de mil riquezas los veneros
        Guardas en tus entrañas,
Tesoros mil tambien guardó la mente
        De esos hombres montañas.

III

Sublime cordillera, injente mole
        De salvaje belleza,
Tu multiforme majestad admiro,
        Tu elegante grandeza.

Mas hai otra sublime cordillera
        De mas grandioso jiro,

Mas altiva, mas bella i majestuosa,
    Que a un tiempo amo i admiro:

Son del jénio del hombre las supremas,
    Inmortales alturas,
Vertijinosos picos que escalaron
    Excelsas criaturas.

Moises, Confucio, Sócrates, Homero,
    Shakespeare, Cervantes,
Dante, Perícles, Ésquilo, Lucrecio .....
    Eminencias jigantes!

¡Cimas que a los mortales no fué dado
    Traspasar en su vuelo!
¡Del espíritu humano via láctea
    Que eclipsa la del cielo!

1864.

ODA AL DOLOR

ODA AL DOLOR

Non ignara mali, miseris succurrere disco.

Doquiera el hombre vive,
Doquier trabaja, sueña, ama o concibe,
Buscando dichas i tocando males,
Allí siempre se escucha
El rumor de mil sones funerales;
El vocëar de la sangrienta lucha
Allí siempre resuena,
I los espacios llena
I, asordando los ecos, sube al cielo
Universal clamor de angustia i duelo;
Cual de voraz incendio, aciaga nube
El éter empañando al cielo sube.

Ah! vivir es luchar, infatigable
Atleta de la vida el sér humano,
I el universo la espaciosa arena.
Sentado sobre trono incontrastable,
El dolor, taciturno soberano,
Preside por doquier la grande escena.

Dolor, sombrío déspota del mundo!
Cuando crüel desatas
Tus negros huracanes, i arrebatas
El humano destino al iracundo
Mar de la adversidad i desventura,
En olas de amargura
La existencia anegada
Semeja frájil nave que, acosada
Por la furia del pérfido oceáno,
Ora se alza hasta el cielo, ora se lanza
Hasta el fondo del mar, lóbrego arcano.
Ya radiosa esperanza
De Dios nos lleva hasta el eterno asiento
I en luz divina nuestra frente inunda;
Ya insano abatimiento,
El nombre blasfemando de Dios mismo,
De la duda nos hunde en el abismo,
De tinieblas espesas nos circunda.
I en fiera lucha, i vária,
De la desperacion el ronco grito
Se mezcla con la voz de la plegaria,
Que lo finito enlaza a lo infinito......

Mas pasó la tormenta. En la ribera
El náufrago sus rotas vestiduras
Enjuga alegre; i su alma estremecida
De ardiente gratitud, de fé sincera,
Adora i glorifica en las alturas
Al Dios de amor que el móvil de la vida,

Dolor, puso en tus manos,
I el secreto te dió de la grandeza,
Del bien, de la belleza,
De la dicha i virtud de los humanos.

A tu empuje las puertas
Del existir abiertas
Son al naciente sér, a quien desprendes
Del estupor de la primera aurora,
Anunciando que vive cuando llora.
Tú de la actividad la llama enciendes,
I azuzas al combate
Contra el ócio servil que al hombre abate.
Tu soplo nuestras almas purifica,
Al trabajo impeliéndonos fecundo,
Que el humano destino dignifica
I nos levanta a dominar el mundo.

Rudo, austero mentor de las pasiones,
Arrancas, en sus locas libaciones,
La copa del deleite a nuestros labios,
Cuando al deseo de templanza ajeno,
Ofrece ya tan solo los resabios
De las amargas heces i el veneno.

Rubia como la espiga
De opima, rumorosa sementera,
Fresca como en estío sombra amiga,
Süave cual la luz de primavera,

Alza la frente la feliz infancia,
De su candor, de su festivo anhelo
En el hogar vertiendo la fragancia.
De su indolencia el velo,
Dolor! no has desgarrado todavía.
Aun no comprende tu terrible nombre.
Mas, su dormido corazon un dia
Tocas i el niño se convierte en hombre.
No de otra suerte, de Moises tocada,
La peña del Horeb brotó raudales
De líquidos cristales,
I en fuente de frescura fué trocada.

Del Horeb cual la peña, el alma humana,
Por tí herida, torrentes de ternura,
De simpatía i emociones mana.
En cada criatura
Halla un hermano que trabaja i pena;
I aleccionada de sus propios males,
Consolar sabe la desdicha ajena.
De la piedad el inefable encanto
Exhala entónce aromas celestiales,
I llora el hombre delicioso llanto.

Dolor! de tu candente
Crisol, vuelto en escoria
Sale el ánimo tímido, impotente,
I de inmortalidad salen radiosos
Los séres jenerosos

Que iluminan los siglos de la historia.
De Tácito la frase vengadora
En tus ardientes fraguas retemplaste;
De Juvenal la sátira canora
En acerado ritmo modelaste.
En la copa de Sócrates tu sello
De eternidad pusiste.
Tu inestinguible, cálido destello,
De la fiel Eloisa, de la triste
Magdalena en las lágrimas fulgura.
I de Dante sombrío la figura
Lleva en sienes altivas
Tu corona de amargas siempre vivas.

¡Corona que la frente martiriza,
Corona que la fama inmortaliza,
Del jénio, del amor, del heroismo,
Del martirio, sublime fanatismo!

Como del Nilo la corriente deja
En la ejipcia campaña
El fértil limo que las mieses cria,
Así, oh dolor! cuando por fin se aleja
Del corazon tu saña,
Deja en él la feraz melancolía,
El creador, el almo sentimiento,
Patria de la celeste poesía,
De la imajinacion freno i aliento,
Luz del arte, esplendor de la belleza,

Clave con que descifra el pensamiento,
De la naturaleza
El múltiple lenguaje grandïoso,
Su eterna vida i su eternal reposo.

Santiago, 1865.

EL ESPEJO DEL HONOR

EL ESPEJO DEL HONOR

En el fondo del alma colocado
Lleva el hombre un veraz i claro espejo.
De contemplarse en él huye el malvado;
El bueno busca en él siempre consejo.
Al uno miedo, al otro da valor
El limpio i fiel espejo del honor.

La dura mano de la ciega suerte
En vano al bueno martiriza e insulta;
Contra la adversidad él se halla fuerte
Cuando en su corazon entra i consulta
Aquel sincero bienhechor reflejo
Que vive del honor en el espejo.

En vano el mundo su desden le lanza;
Solo, olvidado, inerme, desvalido,
Por el camino del deber avanza
Con firme paso, con el cuello erguido,
I, como el perro mira a su señor,
Se mira en el espejo del honor.

De la calumnia en vano le atormenta
La venenosa, aleve dentellada
Que los humanos pechos ensangrienta;
En su alma dolorida, desgarrada,
Bálsamos, fuerzas, varonil consejo
Derrama del honor el claro espejo.

Si a la torva traicion talvez sorprende
De la amistad en el regazo santo;
Si, oculta en el amor que su alma enciende,
De la perfidia encuentra al desencanto:
Si la amistad le miente i el amor,
No le miente el espejo del honor.

Los años al correr siembran acaso
De escombros i cadáveres su vida,
I llora muertos, al tocar su ocaso,
El sér amado, la ilusion querida;
Pero resta un consuelo al pobre viejo:
Mirarse del honor en el espejo.

La tentacion con su habla de sirena,
La codicia con su oro i con sus galas,
El placer con su blanda cantilena,
La ambicion con sus pompas i sus alas,
Retroceden acaso con horror
Al mirarse al espejo del honor.

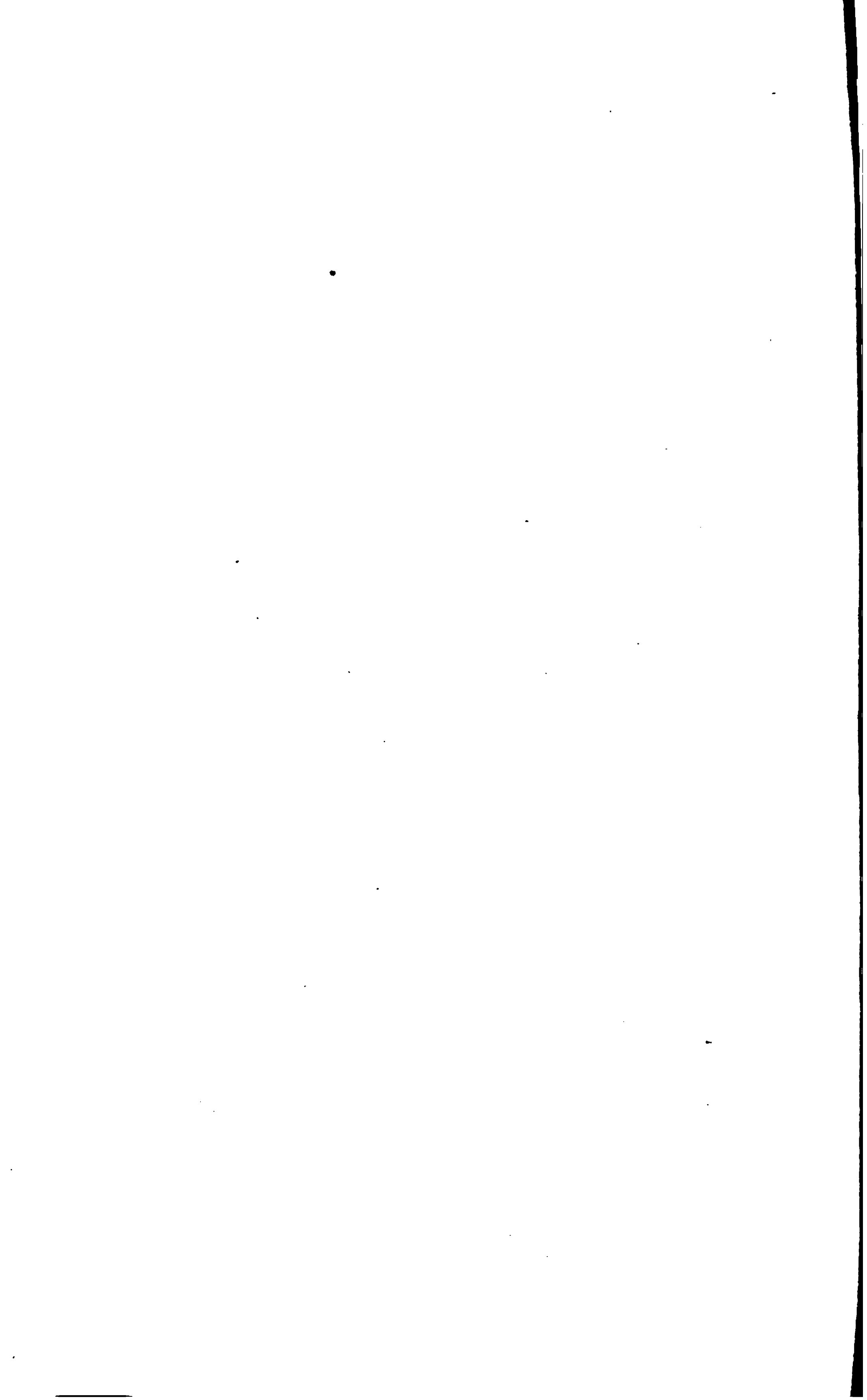
Pero el hombre de bien a quien probaron

El trabajo, el dolor i la pobreza,
A quién la edad i el mundo prodigaron
Decepciones, desdichas i tristezas,
Consuelo encuentra siempre en el reflejo
Que anida del honor el puro espejo.

1867.



EL DEDO DE LA MUJER



EL DEDO DE LA MUJER

(VÍCTOR HUGO)

Tomó su mas blanda arcilla,—
Su arcilla mas pura,—Dios,
I formó un objeto frágil,
Misterioso, seductor.

De la mujer hizo el dedo,
Obra augusta i deliciosa,
Dedo que los cielos muestra
I los corazones toca.

Puso a ese dedo el sobrante
De la luz con que acababa
De alumbrar la gaya frente
A la hora en que nace el alba.

La castidad de los velos,
De las cimas el vaiven,
Algo del astro, del ave,
Tambien algo, puso en él.

Con la sustancia celeste
Dios, ese dedo compuso,
Fuerte porque fuese tierno,
Blanco porque fuese puro,

I mui suave porque nunca
Saliera de él el veneno,
I porque nos pareciera
Dedo de Dios en pequeño.

Con él adornó de Eva
La púdica, débil mano,
Que se posa en nuestras frentes
Como de un sueño el encanto:

Humilde mano ignorante,
Guia del hombre indeciso,
Que tiembla i se trasparenta
Sobre la luz del destino.

Oh! para tu apoteósis,
Anjel de casta mirada,
La belleza es poca cosa,
I no es bastante la gracia:—

Fuerza es amar. Todo ama,
La onda, la flor, el alcion;
La gracia solo es sonrisa,
I la belleza un fulgor.

Dios, que a Eva poner quiso
En nuestra senda de espinas,
La caricia al amor dióle
I tu mano a la caricia.

Cuando aquel amable dedo
De la arcilla hubo salido,
Se aplaudió, pues lo supremo
Goza en crear lo esquisito.

Hecho aquel dedo sublime,
Dios dijo al cielo: aquí está!
I se adormeció en seguida
En su augusta eternidad.

El diablo entónces despierta,
Viene empañando la aurora,
I sonriendo una uña
En aquel dedo coloca.

Santiago, enero, 1867.

EL LLANTO

EL LLANTO

SONETO

¡Llanto feliz que enjuga nuestra mano,
Cuando animarse vemos en la escena
La sublime ficcion con que encadena
A los hombres artista soberano!

¡Llanto fecundo, honor del sér humano,
Que se desborda de nuestra alma llena,
Cuando aliviamos la desdicha ajena
I en el caido vemos un hermano!

¡Tierno llanto de júbilo que inunda
La paterna mansion do el hijo vuelve
Tras larga ausencia, tras vagar dudoso!

Llanto! gran voz de la emocion profunda!
Manto en que el alma su ternura envuelve!
¡Cuántas veces llorar es ser dichoso!

1867.

LA RISA

LA RISA

¿Reir es ser dichoso? ¡Qué locura!
La risa es una queja, es un jemido,
Es iracundo o fúnebre ronquido,
Estertor de ignorancia o de amargura.

Rie el idiota, triste criatura;
Rie el despecho del orgullo herido;
En la cárcel, feroz rie el bandido;
Rie el niño ante abierta sepultura;

Rie el hombre sensible a quien entrista
La necedad o la flaqueza humana;
Rie la pobre madre ante la vista

Del hijo muerto, i esa risa insana
De su razon apaga la luz pura.
¿Reir es ser dichoso? ¡Qué locura!



EL DEBER

EL DEBER

I

Miradle erguido, silencioso, grave,
Paciente i afanoso, rudo i suave,
Amigo de los buenos i los fuertes,
De los malos azote i los inertes.

Miradle infatigable, vijilante,
Sin cólera ni risa en el semblante,
Tranquilo, austero, pálido, impasible,
Al gozo i al dolor siempre insensible.

Es el deber que en la conciencia vela;
Es el deber, eterno centinela
Del hombre que le ve con su razon
I le siente cruzar su corazon.

II

¡Belleza, juventud, fugaz aurora
Que tiñe el sol i pronto descolora!
¡Amor que funde en una vida dos!
¡Deber que al hombre hace vivir en Dios!

Bella es la flor que brinda a la mañana
Su perfume dulcísimo i su grana;
Jóven el corderillo que alboroza
El verde prado en que feliz retoza;

El tigre ama a la tigre, el ave al ave;
Los cuerpos aman a la tierra grave;
Mas solo el hombre,—amante, jóven, bello,—
En su alma lleva del deber el sello.

Deber de la virtud eco i hermano,
Fiel compañero del destino humano,
Tu madre fué la libertad del hombre,
Intelijencia es de tu padre el nombre.

Libres e intelijentes Dios nos quiso.—
Horrible infierno! alegre paraiso!
Donde el deber al malhechor fulmina,
I al bienhechor en rayos ilumina.

¡Amigo de los buenos i los fuertes,
De los malos azote i los inertes,
Deber, unido a la conciencia humana,
Como sigue a los cuerpos sombra vana!

III

Cesó la luz, el movimiento, el ruido;
En brazos de la noche se han dormido,
Entre las sombras una luz destella
I alumbra a una mujer modesta i bella.

Es una madre que trabaja ansiosa
Junto al cándido niño que reposa.
Por la vida de su hijo ella trabaja;
Para sí misma teje una mortaja.

¡Pobre mujer! desamparada, triste,
Nada le da valor, nadie le asiste.
¿Nadie? nó, que el deber en ella vela,
La conforta, la anima i la consuela.

IV

¡Qué grande el mar! El barco qué pequeño!
Abismo sin medida! frájil leño!
La nave salta, se estremece, cruje,
Del violento huracan al rudo empuje.

Sobre el puente hai un hombre que vijila
Con ojo atento, con la faz tranquila;
El viento su cabello desparpaja,
El aguacero su vestido ultraja.

Tiniebla, soledad, rujir violento,
Voz de muerte en el trueno i en el viento.
¿Cómo arrostra aquel hombre saña tanta?
El deber le sostiene i le levanta.

V

Cielo azul, tibio sol, luz matutina;
Todo rie, gorjea i se ilumina.
Sumido en muelle, lánguida pereza,
Un hombre fuma, mécese i bosteza.

El humo en espirales perfumando
El ambiente, se eleva remedando
La vida del suntuoso sibarita
A quien solo el placer mueve i excita.

Mas su frente se anubla, el entrecejo
Torna rugoso, i un amargo dejo
Parece que su boca ha contraido:
Es el fastidio que hace allí su nido.

Contémplale el deber mustio, ceñudo,
De amor al bien i de virtud desnudo;
Le contempla, le juzga i le condena
A arrastrar del fastidio la cadena.

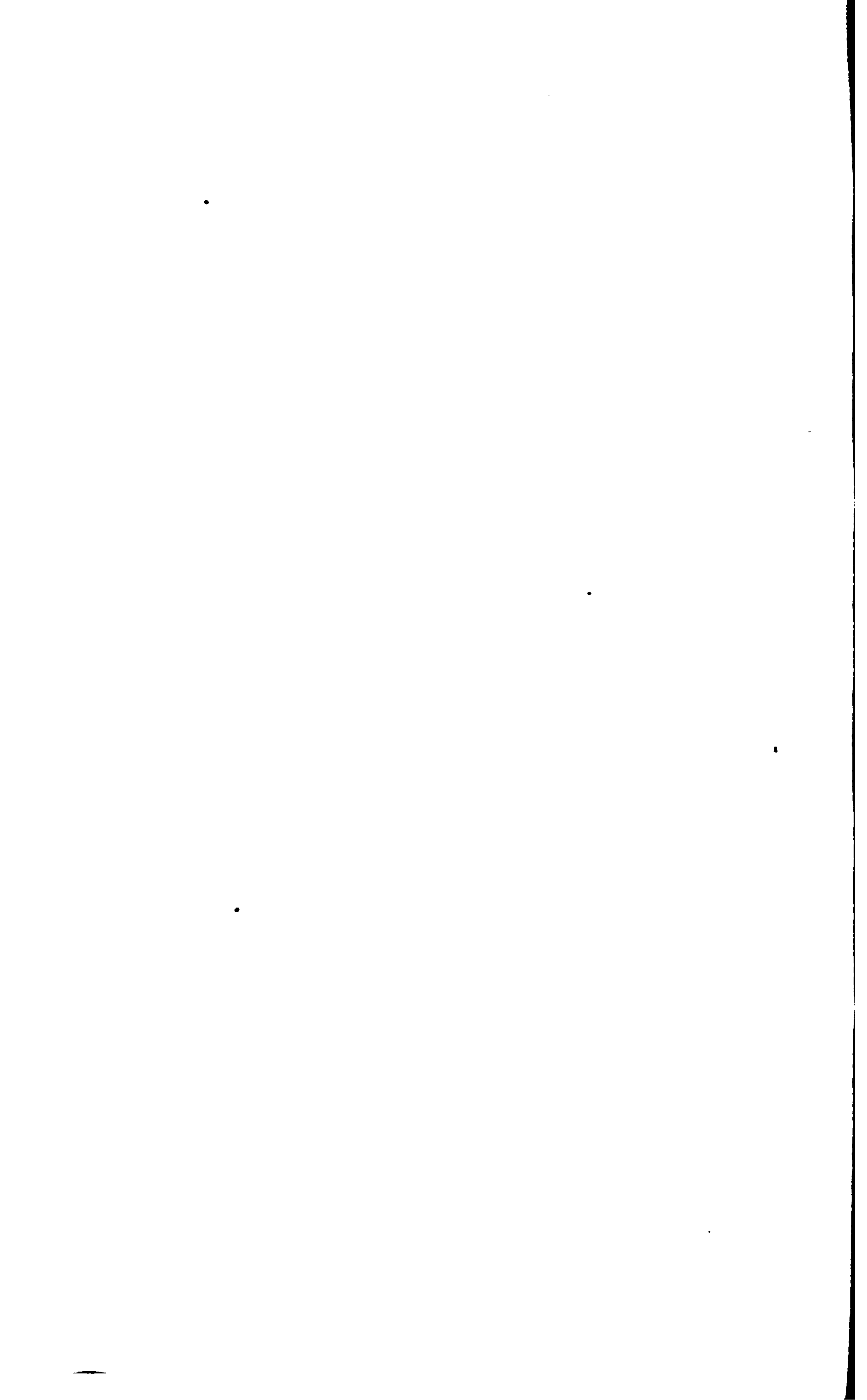
VI

Amigo de los buenos i los fuertes,
De los malos azote i los inertes,
Deber, unido a la conciencia humana
Como sigue a los cuerpos sombra vana!

Belleza, juventud, fugaz aurora
Que tiñe el sol i pronto descolora!
¡Amor que funde en una vida dos!
¡Deber que al hombre hace vivir en Dios!

1872.

IDEAL



IDEAL

¿Qué fuera del planeta que habitamos,
Si el sol, este planeta no alumbrara?
¿Qué fuera de la vida que llevamos,
Si el alma un ideal no contemplara?

Sol interior del pensamiento humano,
Fuego en que arde la mente i no se quema,
Ideal! ideal! sublime arcano,
De la belleza i la verdad diadema!

1872.

A EVELINA QUE SE VA

A EVELINA QUE SE VA

Amo la libertad. A sus altares
Siempre llevé mis votos i oblaciones.
Ella inspiró mi mente, mis acciones,
Mi corazon, mi voz i mis cantares.

Desde la blanca infancia, desde el aula,
Odié la servidumbre i sus rigores,
I me sentia lleno de furores
Al ver una avecilla en una jaula.

Pero hoi,—¡oh ejemplo de flaqueza humana!—
Las jaulas me parecen buena cosa,
I quisiera una jaula mui hermosa
Para guardar a un ave soberana;

Un ave fujitiva, peregrina,
Envidia de los dulces ruiseñores,
Hermana de la luz i de las flores:—
Un ave sin igual, bella Evelina.

Santiago, noviembre 1872.

LUZ HUMANA

LUZ HUMANA

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA DOÑA LUZ M. DE M.

Es bien sabido, desde el Rei Profeta,
Que *est homo mendax*, que es mendaz el hombre,
I haciendo del lenguaje una careta,
Oculta el hecho tras un falso nombre.

En esta de vocablos mascarada
Danzan mil i mil altos personajes,—
Jente mui bien comida, mui granada,
Deslumbrantes de títulos i trajes.

La cosa puede ser mui deleitable;
Mas yo, en verdad, a oir no me resigno
Llamar a un gran mastuerzo un honorable,
Patriota ilustre a un sicofanta indigno.

Así es que cuando suelo en mi camino
Oir sonar un nombre verdadero,—

Al pan llamarle pan i al vino vino,—
Me doi el parabien, i mui sincero.

Tu bello nombre, Luz, es fiel espejo
De tu bella alma, de tus bellos ojos.
Al oirlo, depone el sobrecejo
La verdad, i mitiga sus enojos,

I mi amistad se llena de alegría
Al ver en él pintada tu existencia:—
En tu semblante luz de simpatía
En tu espíritu luz de intelijencia.

Esa luz mas hermosa i bienhechora
Que aquella difundida en el ambiente,
Que anima las sonrisas de la aurora,
Que tiñe los celajes del poniente;

Mas bella que la luz, que el héroe griego
Para morir luchando demandaba;
Mas bella que la luz que Milton ciego
En su radiante oscuridad cantaba:

Luz que del sér humano sube al cielo
En busca de verdad i de belleza,
Que del mundo visible rasga el velo
I lo inmortal a descubrir empieza.

Santiago, 1874.

EL ALMA DE LAS NIÑAS

EL ALMA DE LAS NIÑAS

(EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA ANA MARIA A-B.)

En estos bellos sitios, donde viven
Sin cesar mi memoria i mi cariño,
Alegre paraiso de las flores,
De nobles corazones dulce nido;

Aquí do todo es bueno i afectuoso,
Do todo brinda paz i bienestar,—
La luz suave, la atmósfera lijera,
El semblante i la voz de la amistad;

Aquí donde un ambiente puro, blando,
El pecho ensancha i acaricia el rostro,
Al par que a el alma envuelve leal afecto
En ambiente aun mas puro i cariñoso;

Aquí adonde un acaso afortunado
Me trae nuevamente a contemplarte
Mezclada entre las rosas i los lirios,
Como en tu propio i natural engaste :—

Niña jentil, en estos bellos sitios,
Emulando a la triste golondrina
A costa de tu sueño ¿viste acaso
El alba despuntar, nacer el dia?

Momento encantador! májica escena!
Afable despertar del universo!
Claridad indecisa, sonrosada,
Comienza a levantarse tras los cerros :—

Es bosquejo, es color, celaje, esmalte;
Ya es luz, pero no es fuego todavía,
Se entibia el aire i a la tierra trae
De la aurora los besos i sonrisas.

Al sentirlos el árbol se estremece,
Tiembla la planta, el bosque rumorea;
A su turno las flores se reaniman,
Se engalanan, sonrien i se besan.

La enramada es concierto i es jimnasio:
Las aves por doquier cantan i triscan.
El cordero retoza, muje el toro,
Salta el cabrito, el palafren relincha.

I no léjos el mar, que nunca duerme,
Que odia a los fuertes, i que al débil ama,
Continúa besando las arenas
I azotando las rocas de su playa.

Momento encantador! májica escena!
Afable despertar del nuevo dia!
Bañado en gaya luz, en tibias auras,
El hombre calla, póstrase i admira!

Jentil Anita, en todo lo creado
Hai una lei de union misteriosa:—
El alma de las niñas se parece
De la Viña del Mar á las auroras.

Por eso en esas almas hai celajes
Ricos de luces, de colores ricos;
Ambiente perfumado, suaves brisas,
Alas que tiemblan, armoniosos trinos.

En ellas la esperanza palpitante
Revuela sin cesar; dorados sueños
Triscan de flor en flor, de rama en rama,
I la inocencia guarda sus misterios.

En ellas hai tambien del infinito
Una imájen mas fiel que el oceáno:—
Hai un alma inmortal que siempre quiere
Volar al mas allá de lo creado.

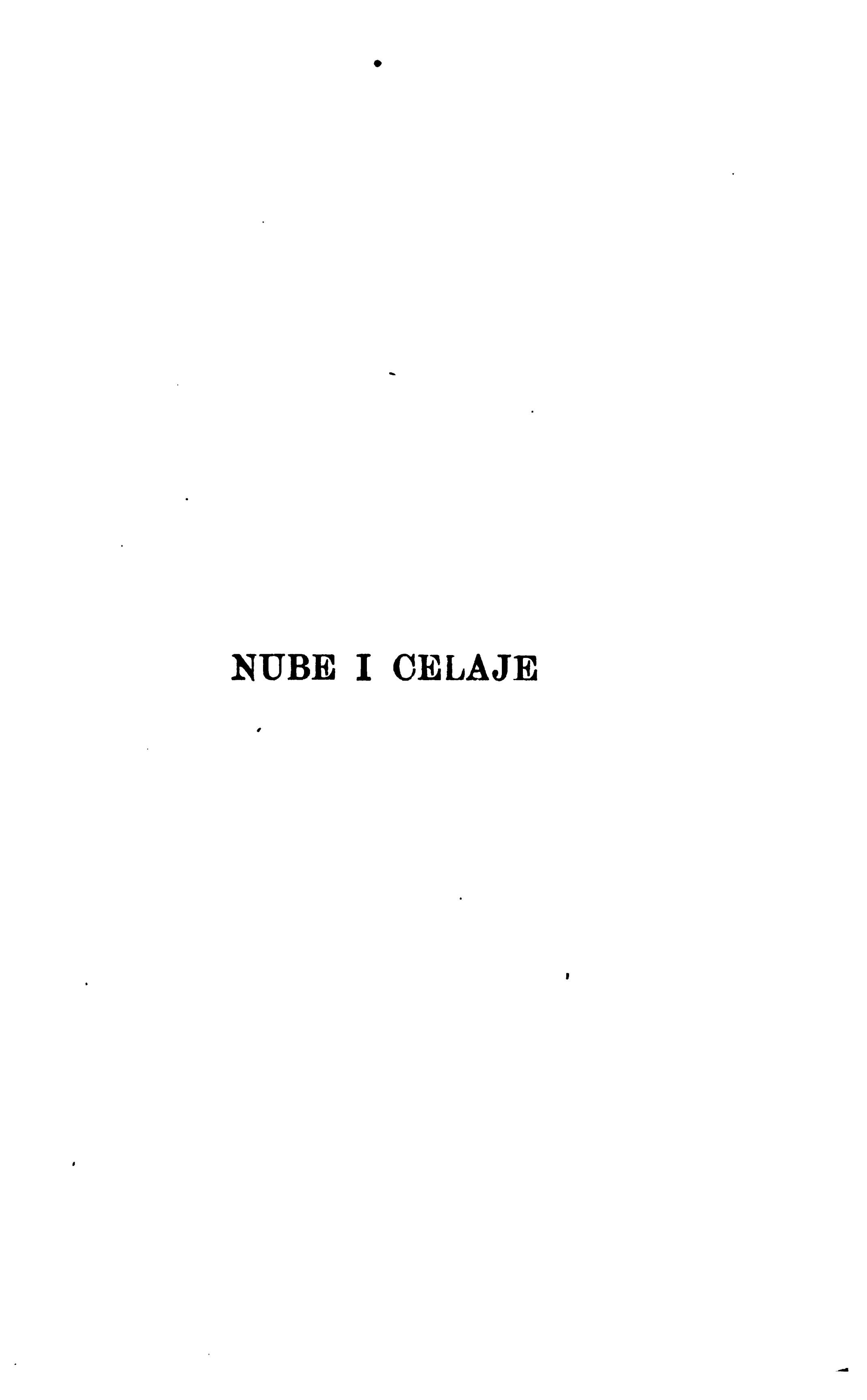
Dura lei de la vida! Esas auroras
Pasan fugaces, i tras ellas viene
La luz del dia que levanta o postra,
Aquí fuerza i salud, mas allá muerte.

Pero este sol que ahora nos alumbra
A tí, aurora, a mí, ocaso, con sus rayos,
Este sol tan amable i tan benigno
No perderá la huella de tus pasos.

Dios, que da luz al alma de las niñas,
Que da vida a los lirios i a las rosas,
Querrá colmar los votos que hace amigo
Mi mústio ocaso por tu alegre aurora.

Viña del Mar. 1875.

NUBE I CELAJE



NUBE I CELAJE

(EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA ROSA V.)

Blanco jiron en el espacio
Flota pálido, triste,
I al capricho de brisas juguetonas
Mil aspectos reviste.

Ya es chal de encajes, ya nevada túnica,
Ya de la novia el velo,
Ya penacho de espumas en el vasto
Océano del cielo.

Ya despliega, ya agrupa sus cendales,
Corriendo peregrino,
Solo, opaco, sin brújula i sin rumbo,
Del éter el camino.

En tanto el dia a declinar comienza,
I de la tarde el viento
Lo empuja hácia el confin del horizonte
Con impetuoso aliento.

Miradle! cuán cambiado! los purpúreos
Rayos del sol poniente
Penetraron sus velos, i tornáronle
En celaje esplendente.

I hora el celaje, de colores rico,
Semeja en el espacio
Grutas de amor con hojas de esmeralda
I linfas de topacio,

Gayo coro de musas coronando
La cima del Parnaso,
Apolos de dorada cabellera,
Fantástico Pegaso,

Lauras esquivas, púdicas Virjinias,
Heloisas amantes,
Donceles, bardos, reyes, paladines,
Enanos i jigantes.

De ese jiron de nube hecho celaje
La historia precedente,
De otra historia inconclusa, interminable,
Es copia fehaciente.

Comenzada a la sombra de un manzano
Esta segunda historia,
Escribió el primer tomo Adan... o Eva...
Me falta la memoria.

Despues han dado a luz sus descendientes
Volúmenes sin cuento,
Que es tema inagotable, fecundísimo
Del hombre el sentimiento.

I el sentimiento humano es tambien blanca,
Pálida nubecilla,
Que, del amor herida por los rayos,
Se transfigura i brilla.

Convertida en celaje pinta i dora
Del alma en los espacios
Pensiles, prados, bosques, arroyuelos,
Encantados palacios.

Visiones prodijiosas de ventura,
Luminosos poemas,
Séres alados, ánjeles, querubes,
Guirnaldas i diademas.

....

¿Permitís que os ofrezca, amable Rosa,
De un voto el homenaje?—
Sí? Pues deseo siempre en vuestro cielo
La nube hecha celaje.

Santiago, noviembre 1875.

NO ESTÁ AQUÍ LA POESÍA

NO ESTÁ AQUÍ LA POESÍA

(EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA ELISA P.)

Álbum que viniste a mí
En busca de poesía,
I ocioso dia tras dia
Sobre esta mesa te ví,—
¡Compadézcote, a fé mia!

No quiero mas prolongar,
Precioso libro, tu engaño,
Ni en este triste lugar,
De tu lustre i gloria en daño,
Mas tiempo dejarte estar.

Estrofas pálidas, yertas,
Ya tan solo darte puedo,—
Hojas de otoño, hojas muertas,
De sávia i verdor desiertas,
Vil poético remedo.

Do la poesía existe
En su vívido esplendor,
Es allí de do viniste,
Donde el injénio se viste
De belleza i de candor.

Vuelve a buscarla en tu hogar,
Torna a buscarla en tu Elisa:—
Te juro que la has de hallar
En su discreta sonrisa,
En su voz, en su mirar;

En esa fiesta radiante
De gracia i de juventud,
En que es ala palpitante
La mente, luz el semblante,
I el corazon un laud.

Álbum que viniste a mí
Buscando a la musa mia,
Oh dolor! ya no está aquí,
No está aquí la poesía!
La poesía está allí!

Santiago. octubre 1876.

OÁSIS

OÀSIS

Vivir... viajar: todo hombre es un viajero.—
De un niño el llanto anuncia la partida,
I marca el fin del viaje i de la vida
De un moribundo el hálito postrero.

Todos hacemos la fatal jornada,
Quién a través de una árida llanura,
Quién cruzando por campos de verdura,
Do la flor rie, i canta la enramada.

Trepan aquéllos del vivir la cima,
Lascerados los piés, la faz doliente;
En tanto que éstos suben la pendiente
Sin que su pecho la fatiga oprima.

De la infancia la aurora su semblante
Al uno muestra plácido, risueño,
Miéntras contempla con adusto ceño
Al otro desvalido caminante.

....

Pero esa aurora fujitiva pasa,
I llega luego el dia, i llega luego
Un sol de juventud, un sol de fuego
Que ora enciende la vida, ora la abrasa.

Bajo su influencia ajítanse los vientos,
El huracan desata sus furores,
Lanza el rayo sus lívidos fulgores......
Doquiera estruendo, gritos i lamentos.

En plena tempestad nuestra existencia,
Luchan como elementos encontrados
Envidia i ambicion, celos, cuidados,
Odio i amor, verdad, duda i creencia.

I el campo van sembrando de despojos
Esperanzas tronchadas, mústio anhelo,
Placer marchito, frio desconsuelo,
Negros pesares, pálidos enojos:—

Como se ven cuando la fiesta pasa
I solitarios quedan los salones,
Sembradas sus alfombras de jirones
De aéreo tul, de cristalina gasa.

....

Cesó la tempestad:— con pié dudoso
Busca el viajero, triste, jadeante,
Frescos arroyos a su sed quemante,
Luz a la mente, al corazon reposo.

Feliz entónces si sus pasos hallan
Sombra i silencio, abrigo i hospedaje
En ese dulce, májico boscaje
Do calla la ambicion, los odios callan,

Donde apacigua el pecho sus latidos,
I refrena su ardor la fantasía,
I se apaga en feliz melancolía
El fuego artificial de los sentidos.

....

De este mundo, cual todos, peregrino
Sufrí la tempestad, con paso incierto
Vagué por las arenas del desierto...
I un oásis hallé junto al camino.

Oásis en que sopla suave brisa,
De benévolo afecto perfumada,
I brilla, como luz de la alborada,
De las gracias la célica sonrisa;

Do leal amistad su puro ambiente
Al espíritu envuelve, afable, amena,
I muestra la bondad su faz serena,
I el labio dice lo que el alma siente.

Ese oásis feliz, bella Mercedes,
Es el dichoso hogar en donde moras,
Poniendo alas festivas a las horas,
De simpatía haciendo lindas redes.

Buena maga, en tu espléndida largueza
Prodigando doquier dulce contento,
Luz de injenio, calor de sentimiento,
Amable discrecion i jentileza...

....

¡Que no se eclipsen nunca las sonrisas
En el hermoso hogar de tu ventura!
Que tenga siempre sol, flores, verdura,
Aves parleras, cariñosas brisas!

Tal es mi vivo, fervoroso anhelo,
Miéntras vuelvo a tomar del peregrino
El ferrado baston, i mi camino
Torno a emprènder bajo inclemente cielo.

Agosto, 1876.


HIMNO AL TRABAJO

HIMNO AL TRABAJO

A la lei del trabajo sujetos,
Alabanzas cantad en su honor;
Que el trabajo a su esclavo convierte
De este mundo en supremo señor.

El es fuente de pura alegría,
Para el alma i el cuerpo es salud;
A la mente le infunde la ciencia,
Al carácter firmeza i virtud.

Fiel amigo del hombre, le guia
A través de la tierra i del mar:—
Los abismos, las cimas, las olas
I los cielos le enseña a cruzar.

La distancia i el tiempo, sumisos
Se doblegan a su alto poder,
I la humana palabra se esparce
Instantánea i alada doquier.

Suyas son las coronas que teje
De los pueblos el férvido amor
Al patriota, al heróico guerrero,
Al artista i al gran pensador.

Obra suya es la dicha inefable,
Obra suya es la luz sideral,
Que despide la frente del jénio
Cuando sella su obra inmortal.

Suyos son el contento, las risas,
De ternura i afecto el calor,
Cuando torna a su hogar el obrero,
Cuando torna a su hogar i a su amor.

A la lei del trabajo elevemos
Nuestros cantos de gloria i honor;
Que el trabajo a su esclavo convierte
De este mundo en supremo señor.

Julio, 1877.

LA ENEIDA DE VIRJILIO

LA ENEIDA DE VIRJILIO

(bosquejo de traduccion)

CANTO PRIMERO

Yo aquel que un dia en las umbros[illegible]
Pastoriles canciones entonara,
I que mas tarde los vecinos campos
Al yugo sometí de la labranza,
Que la ambicion colmara del colono
Por ávidas que fuesen sus demandas,
Tarea a los agrícolas benéfica;
Canto hoi de Marte las tremendas armas
Canto al varon que, a i[illegible]
Abandonando las troya[illegible]
Vino a elevar los mur[illegible]
En los risueños cam[illegible]
De contraria fortuna [illegible]
En tierra i mar prob[illegible]
Que la venganza d[illegible]
Adversas las deida[illegible]
I en reñidas peleas [illegible]

Antes de ver cumplida la alta hazaña
De asilar en los muros de Lavino
Los dioses lares de la madre patria:
Excelso oríjen del latino pueblo,
De los padres albanos i las altas
Murallas de la Roma triunfadora.
¡Musa, mi mente inspira, di las causas
Que de la reina diosa provocaron
Las implacables iras, di con cuántas
Adversidades i trabajos cuántos
No persiguió doquiera su venganza
Al insigne varon piadoso i justo!
¡Cabe en celeste pecho saña tanta!
Una antigua ciudad alzóse un dia
Por tiros emigrantes levantada,
Cartago, la opulenta i belicosa,
Frente de las riberas de sus aguas,
A la mar rueda el impetuoso Tíber.
Esta ciudad mas que ninguna amada,
Con desprecio aun de Sámos, fué de Juno;
Aquí puso su carro, aquí sus armas,
I si los hados fuéranle propicios,
A ella el cetro del orbe aparejaba.
No así al destino disponerlo plugo,
Que un jóven pueblo de troyana raza
Invencible i soberbio se alzaría
En los futuros siglos, que a sus plantas
El mundo encadenado, redujese
A polvo de Cartago las murallas.

—Esto el hado guardaba en sus arcanos.—
El temor tal presajio despertaba
En su pecho, que aun vivos los recuerdos
De la guerra por ella suscitada
Contra Troya en favor de los Aquivos,
Conserva, al par que la memoria ingrata
De las ofensas a sus iras pábulo.
En su imajinacion tenaz se clava
De Páris la sentencia, Ganimédes
Sublimado al Olimpo, de sus gracias
I su hermosura el desdeñoso ultraje
I la troyana sangre detestada.
De tanto enojo la violencia ceba
En arrastrar sin rumbo por la vasta
Estension de los mares las reliquias
Al furor de los Griegos escapadas,
Que impelidas del hado irresistible
Vagaban largos años de la Italia
En busca. ¡Obra tan inmensa era
Dar nacimiento a la nacion romana!

No bien las velas desplegando alegres,
A vista de la tierra siciliana,
Al mar se hacian las troyanas huestes
I blanca estela tras de sí dejaban;
Cuando la fiera Juno, cuyo pecho,
Recela aun frescas las antiguas llagas,
Así consigo misma a hablar empieza:
« ¿Tendré que abandonar mis esperanzas?

« ¿Al rei troyano de la ausonia costa
« Alejar no podré, pues que lo mandan
« Así los hados? Mas la griega flota
« I sus guerreros dado no fué a Palas
« En el abismo hundir, i eso tan solo
« Por castigar las furias i arrogancia
« Del criminal Ayax? No fué ella misma
« En medio de las nubes quien lanzara
« De Júpiter el rayo tremebundo,
« Conturbando los mares i la armada
« Destruyendo? I en negro torbellino
« El mísero, que fuego vomitaba
« Por el abierto pecho, arrebatado,
« ¿Ella misma no pudo despiadada
« En los agudos riscos enclavarle?
« I yo la reina diosa, yo la hermana
« I de Jove la esposa, ¿tántos años
« A un solo pueblo vanamente larga
« Guerra le muevo? I quién habrá mas tarde
« Que víctimas inmole ante mis aras
« Ni mi númen acate soberano?»
Miéntras que así su espritu se abrasa
Consigo misma meditando, a Eolia,
De los furiosos huracanes patria,
Llega la diosa. En espacioso antro
El rei Eolo aquí cuidoso aguarda
I a sus leyes sujeta omnipotente
Los sonorosos vientos i borrascas,
Que en vano luchan por romper los duros

Hierros con que sus furias avasalla
I vagan irritados por los cóncavos
Del monte, haciendo horrísona algazara.
En lo mas encumbrado Eolo habita
Empuñando su cetro con que calma
De sus iras el ímpetu tremendo.
Si así no fuera, como leves pajas
Los mares i la tierra, el fuego i aire
Delante sí violentos empujaran,
I los cuatro elementos confundidos,
Rodaran sin concierto ni balanza
Por las rejiones del imnenso espacio.
Tanto temiendo de su fiera saña,
El padre omnipotente desterrólos
A una oscura caverna, una montaña
Impúsoles encima, i un rei dióles,
Que ora refrene su violencia insana,
Ora con rienda floja la acaricie,
Su excelsa voluntad ejecutara.

A él Juno, deponiendo su altiveza:
« Eolo,» le dice, « (a quien la insigne gracia
« Ya de aplacar los mares, ya sus ondas
« Del huracan al soplo levantallas,
« Concediérate el padre de los dioses
« I de los hombres próvido monarca),
« Nacion que es mi enemiga el mar Tirreno
« Hora navega, conduciendo a Italia
« De Ilion los penates derribados.

« Silben los vientos, túrbense las aguas
« I sus naos sumerje en el profundo;
« O las dispersa en direcciones varias
« I de sus cuerpos siembra el océano.
« Tengo catorce ninfas agraciadas,
« De éstas la mas hermosa Deyopea,
« En digno premio de merced tan rara,
« Con dulce lazo unir a tí pretendo,
« I compañera para siempre grata
« De esclarecida prole haráte padre.»
Eolo la responde: « Soberana
« Del Olimpo, tus órdenes mostrarme
« A tí te toca, i a mí el ejecutallas;
« A tí que el cetro debo i los favores
« De Júpiter excelso me congracias;
« Del festin de los dioses soi partícipe
« Merced a tus bondades i a mis plantas
« Los impetuosos huracanes postro
« I soberano soi de las borrascas. »
Así dijo, i del cetro con la punta
Hácia un lado impeliendo la montaña,
Por la puerta que franca se les abre
Los vientos de tropel raudos se lanzan,
Envolviendo en oscuro torbellino
I aterrador estruendo las comarcas.
A su soplo iracundo se conmueven
Los mares en sus últimas moradas;
Del Euro, el Noto i proceloso Áfrico
Al empuje estremécense las aguas,

Que en altos montes de nevada espuma
Se alzan rodando a la desierta playa.
El estridor agudo de los cables
Déjase oir al punto i se levanta
De la jente marina el clamoreo.
Las nubes a los ojos arrebatan
De los Troyanos luz i cielo; envuelto
En tenebrosa noche el ponto brama;
I del trueno aterrante el estampido
I los ígneos destellos que las salas
Del éter pueblan, de su fin postrero
La presencia descubren a los nautas.
Los miembros ateridos se estremecen
I un jemido tristísimo se exhala
Del corazon de Enéas, que a los cielos
Elevando ámbas manos, así esclama:
« ¡Oh mil veces felices los que en suerte
« Cupo caer al pié de las murallas
« De Troya i a presencia de sus padres!
« ¡Oh Diomédes de indómita pujanza,
« Que no me fuera dado en los iliacos
« Campos el espirar, i esta mi ánima
« Rendir a los esfuerzos de tu diestra
« Donde en gloriosa tumba Héctor descansa,
« De Aquíles por el dardo traspasado;
« Donde Sarpedon yace; donde arrastra
« El Símois, envueltos en sus ondas,
« Tántos escudos, yelmos i corazas,
« Tánto cadáver animado un dia

«De esclarecidas, valerosas almas!»
De esta suerte decia, cuando el Bóreas
La vela hiere con violenta ráfaga
I olas encumbra que los cielos tocan;
Quebráronse los remos; doblegada
La proa, da la nave su costado,
En que a estrellarse viene un monte de agua.
Quedan estos pendientes en la cresta
De las ondas, que hendiéndose lejana
Tierra a aquellos descubren donde hierve
La arena en remolinos ajitada.
El Noto coje tres embarcaciones
I en los enormes arrecifes lanza
Que, en medio el oceáno aposentados,
Apénas a la luz la cerviz sacan.
(Los Latinos altares denomínanlos.)
En tanto el Euro, dueño de otras tantas,
Las empuja a las sirtes i bajíos,
Do (triste cuadro!) quedan encalladas,
Sus costados ciñendo las arenas.
Una oleada injente viene rápida
A estrellarse en la popa de la nao
Que Oróntes i los Licios equipaban;
Se estremece la nave i su piloto
De cabeza va a dar contra las aguas,
Miéntras la ola sobre un punto aquella
Por tres veces ajita en vuelta rauda,
Hasta que, presa en los profundos pliegues
De vértice violento, el aire fáltala.

Vénse flotar del ponto en la llanura
Unos cuantos nadantes, armas, tablas
I las riquezas de la extinta Troya
De ilioneo la nao i la que manda
El fuerte Acátes, la del viejo Alétes
I la de Abante fueron ya postradas
Por la tormenta; abiertos sus costados
Al salado elemento dan entrada.

ÍNDICE

ÍNDICE



